

A romantic couple is shown in a close embrace. The man, on the left, is looking down at the woman with a gentle smile. The woman, on the right, is looking up at him and smiling. The background is a soft, out-of-focus scene with warm, golden light and bokeh effects, suggesting a magical or dreamy atmosphere. The overall color palette is warm, with shades of brown, gold, and soft pink.

Tú, yo
y un montón
de chispas

LISBETH CAVEY

TÚ, YO Y UN MONTÓN DE CHISPAS

LISBETH CAVEY

Título original: Tú, yo y un montón de chispas

© Lisbeth Cavey (2024)

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Imágenes de portada:

Bing/ Dall-e3

[Jung Suk hyun](#) / Adobe Stock

Wonder AI

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1

Yael

Mi sino es estar rodeada de hombres, siempre ha sido así. No me llevo bien con las mujeres, qué le vamos a hacer. Matizo, con algunas sí, pero suelen ser pocas. No las entiendo y ellas no me entienden a mí, no hay más.

No he buscado esta situación, ella solita ha venido a mí, aunque el hecho de que apostaran cien euros a que yo no era capaz de apuntarme al curso de soldadura ayudó bastante. Si bien, ya estaba metida en un barrizal, concretamente en un taller de cerrajería, donde día sí, día también se pegaban latas^[1]. Aquellos cursos me vinieron bien, era una experiencia nueva, desafiándome a mí misma, plantándole cara al miedo. Porque esta señorita les tenía pánico a las chispas que manaban de las radiales al cortar el hierro.

Al curso nos apuntamos cuatro personas, ninguno duró más de unas pocas semanas y solo quedé yo. Cuando de apuestas se trata, los cien euros son para mí; lo siento, compañeros, me subestimasteis. Ahora soy adicta a las chispas, al fuego y al hierro.

Desde aquello ha pasado ya un año y aquí sigo, solo que ahora voy todos los días porque mi jefe ha tenido a bien moverme la alfombra para que la pisaran los tacones de infarto de su mujer, que, por obra de la crisis, se quedó sin trabajo hace ya un tiempo.

Pero no voy a hablar de esos dos personajes porque me irrita, vayamos al tema importante, el curso de soldadura, la primavera de 2009 y mi entrada triunfal en la nave donde cada día estoy de 9 a 14 horas, siguiendo la gota^[2].

A mi paso, todos me saludan, son buena gente, como se diría de modo coloquial, y siempre que pueden me ayudan. ¿Que me aprovecho de ello?, cuando puedo, aunque esto es un secreto y siempre, siempre negaré haberlo dicho, así que mejor que te lo lleves a la tumba.

Localizo al grupo reunido al final de la nave con Zacarías, nuestro apasionado y alocado profesor, para el que la soldadura es más que un arte, he de decir que él me ha contagiado con su entusiasmo, yo creo que todos aquí padecemos la misma enfermedad.

Me paro detrás del corro, he llegado un poco tarde y el profesor me dedica una sonrisa de ceño fruncido, señal inequívoca de que no está muy contento, pues nunca llego puntual y ya me han echado alguna que otra bronca.

Echo un vistazo a mi alrededor y me cruzo con una cara desconocida, pero que por alguna

razón que no alcanzo a entender, me es familiar.

Moreno, alto, ojos oscuros y una barbita recortada de esas que me vuelven loca. Mirada intensa, sonrisa cautivadora.

«Alarma, aparta la mirada, Yael, apártala. Mira que esos ojos pueden convertirme en piedra y luego ¿qué hacemos?».

Pero como buena tonta que soy cuando algo me gusta, no la aparto, y, además, le devuelvo una sonrisa bobalicona, bueno, al menos es como me siento ahora mismo, como una verdadera pardilla, aun con mis veintiocho primaveras.

Le tengo miedo al amor, quizá es que nunca lo he llegado a sentir de verdad, ni idea, pero me asusta, porque sabe golpear con saña el *jodío* y cuando lo hace, duele mucho.

¿Y por qué hablo de amor?, si solo ha sido una mirada cómplice entre dos personas, precisamente por ello, porque estoy detectando que este tío está tan impresionado conmigo como yo con él, y eso es de lo más extraño.

En fin, basta ya de hacer de adolescente atolondrada, volteo la cabeza y vuelvo a mirar al profesor, que está sacando gorros de soldar de una caja y nos los quiere vender por una pequeña fortuna. No voy a caer, ya tengo bastante con el de fantasmas que me coló el año pasado, a ver quién es el guapo que cae ahora, me voy a reír un rato al ver a hombretones hechos y derechos con gorros de perritos.

Termina la charla y nos dirigimos cada uno a nuestra cabina, donde tenemos todos los elementos y herramientas indispensables para hacer nuestros ejercicios de soldadura.

Como tengo una estructura ya montada del día anterior, me preparo para continuar donde lo dejé, ya estoy soldando techo y encima no se me da nada mal.

Soldar con electrodo en hierro no es fácil; mientras aprendes, eres la reina de los electrodos pegados, así me hice llamar por meses, hasta que le pillé el rollo, pero no quiero aburrirlos con teoría ni con mis vivencias de electrodos aferrados no solo al hierro, sino a mi piel, eso duele. Iré a lo que nos gusta a todos, al grano.

Hace calor, demasiado, y eso que solo estamos en abril, no sé cómo aguantaré aquí en julio.

Hago un cordón mientras sigo la gota y me acuerdo de Zacarías diciéndolo una y otra vez cuando me enseñaba. Siempre recuerdo esos momentos con dulzura, me enseñó a amar la dichosa gota y a verla como algo hipnótico y hermoso.

De pronto, oigo voces.

—Hija de puta. —No puede ser otro, Abraham, uno de mis amigos en este lugar, está dentro de mi cabina, otra vez.

Me quito la careta y le dedico un rodamiento de ojos en toda regla.

—Alucino —dice su acompañante, vestido con camiseta, bermudas y chanclas...

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto—, a este paso nunca acabaré el ejercicio —gruño.

—Venía Zaqui y si ve al gilipollas este con chanclas habrá problemas.

Frunzo el ceño.

—¿Cuánto llevas soldando? —pregunta el chico de las chanclas, que sigue escrutando al milímetro mi probeta de soldadura.

—Un año, antes solo a sábados, ahora llevo un mes haciéndolo cada día y se nota... —digo orgullosa.

El rostro de Zacarías aparece de la nada, y su expresión deja claro que no está muy contento, más bien furioso.

—¡Tú, Morales!, ¡sal ahora mismo de aquí!, ¿es que quieres meterme en un lío?, en la nave solo puedes entrar con calzado adecuado, ¿es que todo el tiempo que estuviste en esta escuela no te ha servido de nada? —lo reprende.

Morales levanta las manos y sale de la cabina mientras me enseña su pulgar en señal de aprobación.

—Es el nuevo profesor, cuando yo empecé aquí, estaba a punto de homologarse, y ya ha trabajado en dos de las empresas más importantes de la zona. Es un fuera de serie el tío —dice Abraham, totalmente convencido de ello.

Yo sonrío, si es tan bueno y me ha dado su aprobación, algo estaré haciendo bien, ¿cierto?

Abraham se vuelve a su cabina, supuestamente, y yo sigo a lo mío, lo oigo hablar en la que tengo al lado, este hombre no tiene remedio, yo creo que viene aquí a darle a la sin hueso en lugar de al electrodo.

Escucho un nombre que no conozco: Gabriel.

CAPÍTULO 2

Gabriel

Es ella, la chica con la que hablé hace ya unos cuantos años en el chiringuito de una playa de Vilafortuny, era de noche y estaba de fiesta, ella no tenía muy buena cara. La vi sentada en la barra, dándole vueltas a un mojito con la varilla.

Miraba la bebida sin verla y yo fui a pedir un cubata bien cargado, era la noche de mi despedida de soltero y mis amigos me habían disfrazado de Rambo.

La cuestión es que ya andaba algo tocado por la labia privilegiada que te da el alcohol y no se me ocurrió otra cosa que decir: «No siento las piernas», poniendo la voz de Santiago Urrialde cuando este hacía sus parodias de Rambo.

Ella me miró con sus ojos de tigresa, su cara era un poema, creo que pensó de mí que yo era el hombre más patético del mundo, así que no dije nada más, me aferré al cubata en cuanto el camarero me lo dio y salí por patas.

Al cabo del rato, ella estaba en la pista, tenía los ojos cerrados y, mojito en mano, bailaba como si estuviera sola en el lugar. Llevaba una melena muy larga, hasta casi la cintura, siempre pensé que ese pelo no podía ser real, pues era una maraña rizada y caótica.

Un vestido azul eléctrico se ajustaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Y sus piernas largas y morenas brillaban como si estuvieran perladas de diamantes.

Era una verdadera belleza, y yo me casaba al día siguiente.

Para empezar, he de confesar que nunca he sido un hombre muy fiel, a decir verdad, fui un verdadero golfo durante años, pero con Verónica fue diferente, con ella pensé en sentar la cabeza, en formar una familia y tener una estabilidad. Todo había ido bien hasta que ella se cruzó en mi camino, pero de eso ya hace mucho tiempo y ahora está aquí. Y lo peor de todo es que no se acuerda de mí.

La veo menos espectacular que aquel día en el chiringuito, quizá el alcohol hizo de las suyas, porque en mi recuerdo era una diosa imposible de hallar en la tierra. No por ello sigue siendo menos atractiva, quizá la ropa de trabajo y las botas de seguridad hagan su papel *quitamorbo*, aunque he de confesar que a mí no me quita nada. Tengo que apartar la mirada porque esa sonrisa me ha golpeado fuerte en la entrepierna.

Ya no tiene el pelo tan largo, pero sí tan ensortijado como antaño, no lleva nada de

maquillaje y sus ojos, eso sí, siguen siendo felinos. Mierda.

El profesor saca un muestrario de gorros de animalitos, quiere venderme uno de perritos, pero le digo que soy más de gatos, así que saco la cartera y me sopla veinte euros con el pretexto de que los gorros son de diseño.

Ella ya no está, se ha marchado antes de verme hacer el ridículo con el gorro de gatitos, que el profesor ha insistido en que me pruebe delante de todos los compañeros. He sido el único pringado que ha caído en la trampa.

Cuando todos, menos yo y dos tíos más, se han marchado a sus respectivas cabinas, Zacarías, que así se llama el profesor, nos suelta un rollo acerca de la seguridad. No es que piense que la seguridad no es importante, sino que es el mismo que ya conozco desde hace años, pues yo siempre he trabajado soldando, pero ahora me piden homologación, por ello estoy aquí.

Zacarías me conduce a una cabina, me muestra dónde está todo y, cuando le digo que me dedico a la soldadura desde hace diez años, me deja a mi rollo, dándome varias palmaditas en el hombro.

Me pongo al lío e ignoro al gentío de la cabina contigua, hasta que oigo una voz de mujer. Tengo a la diosa en la cabina de al lado.

Con todo el ruido de radiales apenas escucho lo que dicen, así que aguzo el oído todo lo que puedo. Ella no está muy contenta por la intromisión de dos compañeros en su cubículo, y poco después oigo al profesor reprender a un tío por estar en la cabina con chanclas. Ahogo una risita, menudo lumbreras. Me sorprende poco después, cuando uno de los individuos le dice a la diosa que el de las chanclas será el nuevo profesor, junto a Zacarías. Que es un fuera de serie de la soldadura. Prejuicios, qué malos son. En fin, escucho un nombre: Yael, me quedo embobado, qué nombre más exótico para una diosa. Inmediatamente, un chico de edad aproximada a la mía, corpulento y con un gorro de brujas, aparece en mi campo de visión, me ha pillado con la parabólica puesta.

—Ey, ¿qué pasa?, me llamo Abraham, ¿y tú?

—Gabriel —digo avergonzado.

Abraham me sonríe y dice bajito:

—Te gusta la morena, ¿eh?

—No, qué va, quiero decir, es una chica muy guapa, pero he venido aquí a otra cosa...

—¿Tienes novia? —pregunta Abraham en mi oído.

—Bueno, es complicado...

—Estás casado, ¿no?

—Sí y no..., me casé hace unos años, pero ahora nos estamos dando un tiempo.

—Ah, interesante. Bueno, tío, nos vemos.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mis quehaceres, escucho un estornudo en la cabina de al lado y respondo un «Jesús» de lo más patético.

La diosa me premia con un tímido «gracias».

Me pongo a soldar en plano, es como volver a mis inicios, pero todo sea por conseguir la dichosa homologación. Yo no necesito aprender a soldar, joder.

CAPÍTULO 3

Yael

Llego a casa y el silencio me recibe. Hace casi un año que lo dejé con Germán, mi pareja, y aunque adoro la soledad, no me acostumbro a estar sola, es irónico.

He tenido que esperar un buen rato para que la ronda de chupitos dejara de hacerme efecto y así poder conducir. Los viernes solemos quedar en el bar al salir del curso, y eso es a las dos de la tarde, cuando tendríamos que irnos a comer. Estamos un poco locos.

Abraham, Sergio, Tito y yo siempre nos vamos a almorzar juntos, a veces se ponen un poco pesados con las carreras de coches, es entonces cuando desconecto de la conversación y vuelvo a ella cuando dejan de hablar de eso o de fútbol. Lo reconozco, el fútbol me resbala y la Fórmula Uno más aún.

Me doy una ducha y me siento en el sofá con una camiseta que ha conocido tiempos mejores y unos *leggings* manchados de lejía. En casa suelo llevar unas pintas horribles. No tengo hambre, así que me pongo una película que siempre es un acierto, *Footloose*. Tengo una colección de películas míticas para mí y esta es una de ellas.

No tardo ni diez minutos en quedarme dormida, y eso que es una de mis pelis preferidas. Una serie acosadora de timbrazos me despierta.

—Mierda —mascullo levantándome del sofá mientras la memoria me devuelve el recuerdo de que he quedado con mi hermana.

Cuando le abro la puerta, entra cual huracán con un bolsón de ropa.

—¿Se puede saber por qué no abrías? —inquire enfurruñada.

—Me quedé dormida, esto de ir a soldar todos los días es mortal —me excuso mientras me revuelvo el pelo.

—Yo te voy a decir lo que es mortal, los chupitos que te metes entre pecho y espalda, desgraciada.

Esta es Yaiza, mi hermana melliza. Es solo un poco más borde que yo, lo juro. Cada vez que nos vamos de fiesta, se trae una bolsa con todo lo que consigue rapiñar de su armario, pues como nunca está segura de qué ponerse, necesita un repertorio que la haga sentirse poderosa.

Ella vive con mis padres todavía. Hizo un intento de independizarse hace algún tiempo, pero no aguantó ni un mes lejos del ala de mi madre. Es la consentida de la casa.

Desde que lo dejé con Germán, nos hemos dedicado a ir de fiesta en fiesta, he de decir que tiré mi adolescencia por la ventana por echarme novio demasiado pronto, así que ahora disfruto todo lo que puedo y más, aunque en ocasiones me seduzcan tanto el silencio y la soledad de mi minúsculo apartamento. Hoy es uno de esos días.

—No me apetece nada salir, Yaiza.

—¿Y eso?, tenemos entrada por lista a la Chirri's, es un fiestón...

—La Chirri's, ¿qué nombre es ese? —pregunto acercándome a la cocina—, ¿quieres algo?

—Agua... Es una discoteca que han abierto hace poco, está en un polígono de Reus y dicen que es una pasada. He conseguido un contacto que nos deja entrar si decimos solo: «Maica, la de las uñas».

Pongo los ojos en blanco.

—Mira que eso me suena de lo más raro...

—No, mujer. Se ve que es un salón donde hacen manicuras superextravagantes en un centro comercial. Me han dicho que diga eso y entramos seguro.

—Miedo me das.

—Que no, Yaelita, que está todo controlado —dice imitando a mi madre y utilizando el mismo diminutivo que ella para nombrarme.

Unas horas después, entramos a la discoteca sin problema y las dos estamos eufóricas porque la jugada nos ha salido a pedir de boca. Todo va genial, bailamos, nos divertimos, bebemos, todo bien hasta que cierta mirada me atraviesa.

—Mierda, Yaiza, está aquí.

—¿Quién está aquí?

—El chico que te he comentado antes, el que se parece a Johnny Depp de joven.

—¿El Jack Sparrow del curso?

—Ese...

Y es que después de improvisar unos espaguetis a la carbonara que nos sentaron a ambas de fábula, le conté a mi hermana que había un chico nuevo en el curso que me había causado una impresión cuando menos interesante y que por alguna razón me sonaba, pero no sabía de qué.

Volvamos a la Chirri's...

Ahí está el tal Gabriel, dedicándome una sonrisa imposible de obviar, una de esas que te derrieten cierta parte inconfesable.

—Que viene —masculla Yaiza mientras me da un codazo sin disimulo alguno.

—Te quieres estar quieta —la reprendo.

Gabriel se planta frente a nosotras.

—Tú eres la chica del curso de soldadura, ¿verdad? —pregunta.

—Sí, y tú el nuevo, el del gorro de gatitos. —Lo siento, mis habilidades en el arte de ligar son nulas.

Yaiza me dedica una mirada inquisidora.

—Bueno, sí, he sido engañado por Zacarías, pero he visto que no soy su única víctima —dice él cruzándose de brazos.

—Madre mía, es un bombón —me dice mi hermana al oído—, voy al lavabo, sé rápida y no me dejes sola o te crujo.

La fulmino con la mirada mientras desaparece haciéndose sitio a codazos entre la multitud, es una de sus múltiples habilidades.

—No, no lo eres, ya has podido ver que casi todos tenemos nuestra novatada en forma de gorro —sonríó incómoda, no sé qué más decirle.

—Ya veo —apunta mirando a ambos lados.

Un chico se acerca y le da una colleja que hace dar a Gabriel un respingo.

—Y yo buscándote, cabronazo. ¿Quién es esta prenda? —inquieta el individuo.

—Me llamo Yael —digo ya a voz en grito, pues es muy difícil entenderse con la música a toda castaña. Gabriel frunce el ceño, sé lo que se pregunta—. Es un nombre unisex, significa, según internet, cabra del monte.

«Ya está, ya ha salido mi diarrea verbal a relucir, mierda, mierda, mierda», pienso.

Los dos hombres se ríen y no sé distinguir si es conmigo o de mí, la verdad.

—Pues bueno, Yael, encantados, ahora me llevo a este pollo de aquí, hemos dejado a unas señoritas plantadas —dice el amigo de Gabriel mientras me guiña un ojo y se lo lleva de mi lado.

Me quedo con tres palmos de narices y la sensación de que he metido definitivamente la pata. ¡Quién me mandaría sacar a pasear mi lengua repelente de ligues!

CAPÍTULO 4

Gabriel

El gilipollas de Héctor no tiene remedio, le ha soltado una soberana estupidez a Yael y luego me ha alejado de ella a rastras.

—¿Pero se puede saber qué haces, desgraciado? —inquiero.

—Hacer que te vea como inalcanzable, tonto, que eres medio tonto. Estabas echándole las babas a la hembra. Siempre te pasa lo mismo, no sabes mantener el interés. Si no te saco de ahí, ya estarías pidiéndole matrimonio, y te recuerdo, amigo, que todavía sigues casado.

—Sabes de sobra que llevo años pensando en esa mujer y ahora acabas de tirar por la borda cualquier oportunidad con ella, ¿por qué mierda le dices que nos esperan dos tías?

—Ya te lo he dicho, solo quería que rabiara de celos. No te enfades, *bro*, llevas años con la cantinela de la diosa del chiringuito. Incluso ha llevado a la ruina tu matrimonio, joder. Has sufrido por no saber cómo se llamaba, quién era, cómo encontrarla. Ahora que sufra ella, además, tendrás más oportunidades de tirarle la caña, va contigo al curso de soldadura, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Voy a tener que presentarme allí yo también, así puedo echarle una mano con ella.

—¡Ni se te ocurra, bocazas, mantente lejos de mi territorio! —bramo.

—Tranquilo, era coña, yo con mi trabajo como comercial de una importante multinacional tengo suficiente. ¿Crees que a tu amiguita le interesaría un robot de limpieza?

—¿No serás tan cabrón?, además, si seguro que la semana que viene estás currando en otra parte, ¿cuál es el sitio dónde más has durado? —pregunto con retintín.

Héctor se encoge de hombros. Me gustaría ver su vida laboral, estoy seguro de que no ha aguantado un mes en ningún puesto de trabajo.

—Eso ha sido un golpe bajo, ya sabes que yo soy un alma libre, no soporto la opresión que ejercen los jefes, por ello estoy estudiando con detenimiento la ley de la atracción, estoy seguro, amigo mío, que el año que viene seré millonario. ¿Que no?

—Si tú lo dices.

—Hombre de poca fe, ya verás, ya, cuando te invite a mi pedazo de yate.

Niego con la cabeza y los dos nos acercamos a la barra, las únicas señoritas que besamos

son dos cervezas muy frías.

Mi móvil vibra en el pantalón, lo saco con premura, es Vero, mi todavía mujer.

—Tengo que salir —le digo a Héctor.

Seguidamente me retiro de la sala, atravieso el vestíbulo y salgo de la discoteca. Me alejo lo suficiente y le devuelvo la llamada a Verónica.

—¿Qué tal? —pregunto.

—Aquí en casa, esperándote. ¿Cuándo llegas?

—Vero, ya te avisé de que saldría con Héctor.

—Ya, pero todavía no me hago a la idea...

—Necesito tiempo, Vero. Y sé que es difícil si todavía vivimos juntos, pero espero solucionar eso en breve, estoy buscando un apartamento para marcharme, nos hace falta a ambos estar solos, pensar.

—¿Por qué, Gabriel?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué decidiste pedirme tiempo para aclarar tus ideas? ¿Hay otra mujer?

No puedo decirle la verdad, no quiero dañarla, es una buena persona y no se lo merece. Tampoco quiero engañarla.

Nunca le he contado la supuesta verdad, que el día antes de nuestra boda conocí a una mujer que se me metió dentro del alma. Siempre pensé que no era más que un capricho, algo pasajero, pero me equivoqué, Yael, sin saber su nombre siquiera, se había metido dentro de mi alma hasta el fondo y la había conquistado a la fuerza.

Respiro hondo y digo con la boca pequeña:

—No hay nadie, Vero, ya te lo he dicho.

—¿Y con quién estás? —interroga.

—Con Héctor —me justifico alargando el nombre de mi amigo más de lo normal.

—Lo siento, Gabriel, vuelvo a decirte que no me acostumbro a esta situación.

—Tengo que volver dentro, mañana hablamos, ¿te parece bien?

—Vale, hasta mañana.

Me rompe el corazón ver a Vero tan triste, pero no se merece un marido a medias, sino uno que la lleve a la luna y la quiera con locura. Yo no soy más que un gusano que ha amargado su vida y la ha llenado de inseguridad.

Me dispongo a entrar en el local de nombre rarito y la veo. Está fuera, apoyada en la pared. Me armo de valor y me acerco.

—Yael —pronuncio su nombre como si las palabras fueran una melodía mágica.

—Ya sé de qué te conozco...

CAPÍTULO 5

Yael

Hace algunos veranos pasé un mes en una casa que tiene el hermano de Germán, mi ex, en Vilafortuny. Hacía tiempo que no estábamos bien, pues empezamos a salir cuando no éramos más que unos críos.

Siempre pensé que estaba enamorada de él, al menos, cuando tenía diecisiete, me sentía totalmente orgullosa de ir a su lado, él se daba cuenta de ello incluso, porque me lo dijo alguna que otra vez. Pero el tiempo pasó y los dos cambiamos, evolucionamos cada uno en una dirección, aun así, aguantamos ni siquiera sé por qué, pero lo hicimos, hasta que no pude respirar y tuve que liberarme de todas las cadenas que me oprimían el pecho, esas hechas de celos y desconfianza.

Por otra parte, me enteré de que Germán se había apuntado a varias páginas de internet para encontrar pareja, además, tuvo a bien enviar mensajes a mujeres que se anunciaban en una web de contactos, y estas los respondieron al *email* desde el que los había enviado, el mío, que estaba configurado en Outlook en el ordenador. El día que recibí al menos tres de esos correos tuve claro que el final de nuestra relación había llegado.

Tuvimos una discusión de aúpa, mientras él seguía diciendo que todo era mentira, que «se le había puesto solo el mensaje», que él había tocado un botón..., vamos, me subestimó demasiado si se pensaba que me iba a tragar cualquiera de esas excusas. Le callé la boca cuando le enseñé el primer mensaje, el suyo. A todas les había enviado lo mismo, su nombre, su color de ojos, hasta lo que medía, bueno, se puso un par de centímetros más, pero ver el texto que había escrito él mismo hizo que se le quitaran las ganas de seguir hablando.

Lo siguiente fue echarme en cara que yo lo tenía abandonado sexualmente hablando, pero quién no va a tener abandonado a un tipo que no hace más que decirte cosas tan bonitas en la cama como: eres una puta barata, una puta de cinco euros, quiero que seas puta, etc. Puede que haya mujeres a las que les guste eso, pero a mí me quitaba la libido a golpes.

Tras varios reproches más y darle la vuelta, como siempre, para hacerme quedar a mí como la mala de la película y a riesgo de que llamara a mis padres, como ya hizo alguna que otra vez para que vinieran a meterme en cintura, le dije que me iba a dar una vuelta, que necesitaba despejarme. Salí de casa con un sencillito vestido hasta los pies, pero en el bolso había metido lo indispensable para sentirme guapa, no sé qué me llevó a coger lo más sexi que tenía en el armario, quizá fuera mera rebeldía, llevaba demasiado tiempo oprimida por Germán, mientras él hacía y deshacía a sus anchas.

No me alejé mucho, lo suficiente para que él no me encontrara, incluso dejé el coche en una calle pequeña y no en el paseo. Me dirigí hacia la playa y caminé por la arena durante un rato, hasta que vi luces en un chiringuito, y gente, mucha gente, quizá era lo que necesitaba, un poquito de lo que me había sido negado durante años, libertad.

Me mezclé entre la multitud, tomé asiento en la barra y pedí un mojito. De pronto, me sentí algo ridícula, hacía tanto tiempo que no salía. Todo lo veía diferente, la música, el modo de bailar, hasta mi atuendo me parecía pasado de moda.

El mojito podría arreglar ese sentido del ridículo tan acusado, al fin y al cabo, todavía era muy joven. Estaba incómoda, no sabía dónde mirar, y cuando lo hice, localicé a un grupo de chicos vestidos de soldados y a uno de Rambo, se trataba de una despedida de soltero. Eran como monos, emitiendo sonidos extraños y saltando sobre ellos mismos.

Negué con la cabeza y rodé los ojos. El camarero me sirvió la bebida.

El patán vestido de Rambo, o sea, el novio, se puso a decir tonterías a mi lado, eso tan viejo de que no sentía las piernas, era lo que más necesitaba en ese momento, ¡bravo, personaje!, lo fulminé con la mirada y parece que lo intimidé, así que se marchó y me dejó en paz, me dio un poco de pena.

Me bebí el mojito y pedí otro, salí a la pista a bailar, el alcohol ya corría por mis venas, mi amor, y yo solo quería privar. Y me dejé llevar ahí en medio, bailé y bailé sin pensar en nada más, hasta que fui sorprendida por una mirada oscura como la noche y tan enigmática como un abismo. La sonrisa que iba en el *pack* me confirmó que aquel hombre era atractivo hasta decir basta. Le devolví la sonrisa y bailamos pegados, como dijo un día Sergio Dalma, aun con la música *techno* sonando a toda castaña, música para perderse y bailar sin ataduras.

No sé cómo ocurrió, pero no podíamos dejar de mirarnos, y yo quería más, deseaba beber de sus labios, perderme en ellos, soñar despierta y dejarme envolver por la noche. No fue posible.

Alguien tiró de su brazo, un chico, el mismo que hoy lo hizo en la discoteca.

—Tío, ¿qué haces?, te casas mañana...

Fue lo último que escuché antes de que él se fuera de mi lado sin despedirse, sin ni siquiera disculparse, solo se marchó sin más, haciéndole caso a aquel individuo que lo había separado de mí a la fuerza.

Recordé aquella noche de nuevo, nunca la olvidé, a decir verdad, jamás había tenido una conexión tan íntima con nadie sin haber besado ni siquiera sus labios.

Ha pasado lo mismo y ahora sé que mis problemas acaban de empezar, porque está ahí y viene hacia mí. No me conviene, está casado, así que le daré puerta rapidito.

CAPÍTULO 6

Gabriel

Yael me escruta con la mirada, de nuevo me observa como lo hizo en el chiringuito, cuando le solté la frase de Santiago Urrialde. Me siento algo incómodo y meto las manos en los bolsillos del vaquero.

—Y bien, ¿de qué me conoces? —le pregunto apoyando una mano contra la pared, quizá mi pose es algo intimidante, aunque mi interior tiemble de inseguridad.

Yael enarca una ceja y se alza de hombros. Está preciosa, pero me mira como a un gusano que está a punto de pisar.

—Viniste a molestarme a la barra el día de tu despedida de soltero —suelta a bocajarro.

Me retraigo y me cruzo de brazos. Quizá no contestar, no intentar ponerme a la defensiva, sería lo suyo, si lo hago estoy perdido, porque meteré la pata, seguro que sí.

—Ah, ¿estás segura?, ese día iba algo, ¿cómo decirlo?, perjudicado sería la palabra, apenas me acuerdo de cuatro cosas puntuales. ¿En serio que te molesté?

«No cuela, no cuela, estoy seguro de que está viendo la mentira en mi rostro de farsante», pienso mientras intento dotar mi determinación de eso... determinación.

—Sí, reconocí a tu amigo hace un momento.

«¿Se puede saber cómo reconoce a Héctor y no a mí?».

—Es que Héctor es difícil de olvidar —suelto para salir del atolladero.

—Creo que voy a marcharme —dice ella separándose de la pared y arreglándose el vestido.

—Ajá...

—Hasta el lunes —se despide y se mete dentro de la discoteca, entiendo que para encontrar a su hermana antes de irse.

Yo hago lo propio segundos después e intento localizar a Héctor. Ruedo los ojos cuando lo veo dándose el lote con una rubia en un rincón de la sala, ya puedo hacerme a la idea de que terminaré la velada solo. Unos toques en la espalda me hacen dar un brinco.

—Gabriel, ¡eres tú! —exclama una chica de pelo lacio y castaño que me mira con ojos chispeantes, me suena mucho, pero no consigo saber de quién se trata—. Soy yo, Lola, del instituto —dice ella guiñándome un ojo.

Vale... Lola Fuentes, la muchacha que me escribía cartitas de amor eterno y se ponía colorada cada vez que me veía pasar por delante de ella.

No acabamos muy bien, pues era solo un chaval que no tenía ni idea de nada. Además, no era mi tipo y no sabía ya cómo decirle que no quería nada serio con nadie por el momento.

Sin embargo, no se me ocurrió otra cosa que echarme una novia con la que me dejaba ver a brazos partidos y besos interminables por todas partes. Adolescencia, divino golfo estaba yo hecho.

Y lo peor de todo es que esa novia era la hermana menor de Lola, con la que tenía una relación cuando menos tormentosa, de celos obsesivos.

Mi relación con Laura, que así se llamaba la hermanísima, duró poco menos que un suspiro, pero a partir de ahí, Lola cambió, y pasó de sonreír a hacerme una peineta cada vez que se cruzaba conmigo, así estuvo hasta que terminamos el instituto.

El tiempo transcurrió y ahora la tengo aquí delante, dedicándome una de aquellas sonrisas obsesivas y escalofrantes que recuerdo, «que me haga una peineta y terminamos», pienso. Pero ella, ni corta ni perezosa, posa su mano en mi polla, que va por libre y reacciona erecta cual mástil.

—Cómo han cambiado las cosas, ¿eh, Gabrielito? —pregunta apretándome mucho en esa zona demasiado sensible.

—Déjame, Lola, me haces daño —digo muy incómodo.

—Estoy segura de que te gustaría que esa morena de pelos de escarola estuviera en mi lugar, pero creo que no está por la labor, ¿qué se siente cuando no se vuelven ni a mirarte, eh, gusano?

—¡¡¡Que me sueltes, joder!!! —bramo con el corazón a mil por hora.

No me he percatado de que la he apartado de mí con demasiada fuerza y ella comienza a gritar como si la vida le fuera en ello.

—¡¡¡Ayuda, policía!!!, ¡¡¡ha intentado violarme!!!, ¡¡¡ha intentado violarme!!!

—De pronto, todo se vuelve caótico, un remolino de gente se agolpa a mi alrededor y un *mosso d'esquadra* se acerca a mí con cara de pocos amigos, intento explicarme, pero él no me escucha.

—No he hecho nada, no he hecho nada, está mintiendo —digo en tono de súplica mientras me engrilleta.

—Es verdad lo que dice, no ha hecho nada —una voz firme se enfrenta al policía.

—¿Y tú quién eres? —inquire el agente.

—Soy solo una ciudadana de a pie que ha visto como esta mujer se abalanzaba prácticamente sobre él y lo tocaba sin su consentimiento —dice con determinación, y no puedo creerlo.

—Es cierto, este chaval es inocente, fue ella la que lo agredió a él —interviene de pronto Héctor, que se acaba de sumar a la fiesta.

El policía frunce el ceño.

—¿Conoce usted a este hombre? —pregunta el *mosso* con firmeza.

—De nada, agente, no lo conozco de nada. Solo le diré que no es más que un pardillo, un chaval sin muchas luces. No creo que haya hecho nada de lo que dice esta mujer —asegura Héctor con ese empeño que pone él para venderle la moto a cualquiera que no la puede conducir.

—Pero en qué quedamos, ¿lo conoce o no lo conoce? —El policía empieza a estar furioso.

«Cállate, Héctor, no empeores las cosas, joder», pienso.

—Es cierto que ha sido ella, lo he visto con claridad, él solo se ha defendido —ratifica Yael de pronto, sí, ella ha dado la cara por mí, y yo no me lo creo.

—Señorita, usted sabe lo que implica una falsa acusación, ¿cierto? —inquire el agente poniendo en su punto de mira a Lola, que a su vez le dedica una mirada asesina a Yael e ignora al policía.

El hombre, que parece tener ya demasiadas tablas, se da cuenta de inmediato de lo que ocurre, me quita los grilletes y se los pone a Lola. Esta insulta al policía sin cortarse un pelo y clava sus ojos desquiciados en mí.

—¡¡¡Esto no quedará así, te hundiré la vida, gusano!!! —grita fuera de sí—. ¡¡¡Y a ti, fregona, guárdate bien las espaldas a partir de ahora!!!, ¡¡nadie me quita a mi hombre!!

Yael la observa sorprendida, la verdad es que la situación es surrealista, desagradable, como salida de una película de terror.

De pronto, una mujer se acerca a la carrera mientras grita el nombre de Lola. No me puedo creer de quién se trata.

—¡Agente, no se la lleve! Verá, mi hermana es una interna del instituto La Paz, se ha escapado y me han avisado, la policía la está buscando, ¿no le ha llegado el aviso?

El compañero del policía, que ha permanecido callado hasta el momento, asiente mientras mira al que tiene detenida a Lola.

—De acuerdo, pero igualmente la llevaremos a comisaría hasta que vengan a buscarla los del La Paz.

—Yo puedo hacerme cargo de ella, llevo su medicación... —anuncia la hermana, que, para mi sorpresa, no es otra que Laura, mi fugaz amor de juventud.

—Tal y como está, es lo mejor, señorita, aquí hay demasiada gente —dice el policía refiriéndose al corrillo de curiosos que se ha formado alrededor de la escena.

—Síguenos si quiere, allí podrá estar con su hermana —asegura el compañero más joven, reconfortando a la dulce y todavía bella Laura.

No tengo remedio, en su día, cuando solo era una adolescente, me parecía la muchacha más bonita que había visto jamás, pero ahora, convertida en mujer cercana a la treintena, es una verdadera belleza, con su cabello rubio natural al viento y esos ojos de un gris verdoso imposible.

Veo a Yael abrazarse a sí misma y sé lo que está pensando. Mi diosa se siente insegura ante una mujer que le puede hacer sombra físicamente y yo, de algún modo, me creo un triunfador, aunque todavía tenga en el cuerpo el susto del encontronazo con Lola.

CAPÍTULO 7

Yael

¿Quién es ella?, y ¿por qué es tan guapa? No debería estar pensando en frivolidades en este mismo instante, pero no puedo evitarlo. Todavía no he digerido lo que acaba de ocurrir, aunque se me ha hecho más fácil al ver que la mujer que ha agredido a Gabriel y luego lo ha acusado de violarla era una enferma mental.

En cierto modo, me ha dado lástima, aunque me haya puesto de vuelta y media. Debe de ser terrible vivir atrapado en una realidad paralela.

La rubia despampanante se aproxima a Gabriel.

—Hola, Gaby, siento mucho lo ocurrido. Lola ya tenía problemas cuando estábamos en el instituto, pero ha ido a peor con los años y vive en un centro de salud mental.

—Laura... —Vale, prácticamente balbucea, está atontado con la visión de esta especie de diosa bajada del cielo, ¿no se supone que como hombre casado que es debería cortarse?, pues no.

—Siento interrumpir, pero tengo que irme —digo de pronto con sequedad.

Héctor me observa a punto de estallar en carcajadas, intenta disimular, pero no soy tonta, sus orificios nasales se mueven como alitas.

—¿Ya te vas? —pregunta él acercándose hacia mí y dejando a la tal Laura en compañía de Héctor.

—Sí, es tarde y me duele la cabeza, además, hace ya rato que no veo a mi hermana... —me excuso.

—Muchas gracias, Yael, si no hubiera sido por ti, ahora estaría de camino a comisaría —me dice con expresión se diría que sincera.

Asiento con la cabeza y suelto una de esas frases huecas que se dicen para reconfortar al que te da las gracias.

—Pues nada, adiós —me despido de los demás y comienzo a caminar.

—¡Yael! —escucho a mi espalda cuando solo llevo unos pasos.

Me giro.

—¿Cómo puedo compensarte? —pregunta dedicándome una bonita sonrisa

—Invítame a cenar —digo divertida y luego pienso.

«Serás imbécil, está casado, ¿por qué te metes en el lado oscuro?».

Abro los ojos y me duele la cabeza muchísimo. Es sábado y demasiado tarde. Me reprendo a mí misma por no haber puesto el despertador para levantarme a una hora razonable.

Yaiza duerme a mi lado y tiene un hilillo de baba cayéndole por la comisura del labio. Me entra la risa. Me levanto de la cama y salgo de la habitación, cierro con cuidado para no molestar al ogro, mi hermana tiene un despertar terrible, doy fe.

Me voy directa a la ducha y recuerdo las últimas palabras que le solté a Gabriel, también su sonrisa de satisfacción.

«Será capullo», pienso.

No quiero meterme en medio de una pareja, me parece una canallada. Si bien, en los últimos tiempos parece que tengo un imán para los hombres comprometidos, pues todo el que se me acerca ya está elegido y bien amarradito. Así que no, si Gabriel tiene esposa, que se vaya en busca de aventura a otra parte, porque conmigo lo lleva claro.

«Y, entonces, ¿por qué tontearas con él?, ¿por qué le dices que te lleve a cenar?».

—Porque había una mujer demasiado guapa acaparando su atención y fue la única forma que tuve de competir con ella —pienso en voz alta y me llevo ambas manos al rostro.

No tengo ganas de que llegue el lunes, ¿o sí?

CAPÍTULO 8

Gabriel

Llamo a la puerta del apartamento de Héctor, el timbre no funciona, para variar. En el descansillo huele a curri que tira para atrás, y es que en el bajo hay un kebab.

El susodicho me abre con los calzoncillos del revés y el pelo totalmente alborotado.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —interroga con el ceño fruncido, mientras hace el intento de corregir la dirección de sus pelos.

—Vero acaba de echarme de casa, no tengo a donde ir, ¿me haces un hueco? —pregunto como un pollito abandonado.

—Vienes a la cama, ¿mi amor? —inquieta una voz femenina con acento mexicano desde el cuarto de mi amigo.

—Oh, no, déjalo, vuelvo más tarde, cuando estés menos ocupado —digo armado con una falsa sonrisa.

—¿Qué dices?, nada, entra, le pago y se va en un momento —suelta Héctor dispuesto.

—No me digas que... No entiendo qué haces pagando por acostarte con una mujer, no tienes problemas para ligar, es más, siempre se te ha dado de lujo.

Héctor sonríe y se encoje de hombros.

No llego a comprender qué obsesión tiene por pagar para tener sexo, tampoco me lo ha confesado jamás, con ese tema se hace el loco, se cierra completamente.

En fin, entro en el apartamento, Héctor vuelve a su cuarto y, minutos después, la mujer sale de él y me dedica una amplia sonrisa antes de marcharse.

El sofá cama de Héctor es mío, al menos por lo que queda de noche.

—A ver, amigo, cuéntame lo que ha pasado... —dice Héctor sentándose a mi lado y dándome una cerveza helada ya abierta.

Empiezo a desgranar los pormenores del «encontronazo» con mi ex. Vero se había pasado toda la noche preparando mis maletas, para que estas me recibieran en el descansillo. No pude ni siquiera abrir la puerta, pues ella había cerrado con llave y dejado esta puesta en la cerradura.

La llamé por teléfono y fue clara. En su casa no iba a entrar más. Su casa que no era su casa,

pues era de alquiler y solía pagarlo yo con mi sueldo, además, el contrato estaba también a mi nombre, pero eso a Verónica no le importaba en ese momento, así que me encontré compuesto y sin pisito de alquiler en el centro de la ciudad.

Siempre le dije que me iría yo, que buscaría algo para mí, pues era el que había decidido poner en pausa lo nuestro. Pero jamás creí que ella fuera capaz de echarme por haber salido una sola noche de fiesta con mi amigo, para despejarme, mayormente, pues la convivencia con ella iba de mal en peor en las últimas semanas.

Quizá fuera lo mejor.

Cuando termino mi relato, Héctor me palmea la espalda.

—Quizá sea lo mejor... —me suelta y sonrío, nuestras mentes parecen haberse sincronizado, porque sí, cuando dos personas deciden darse un tiempo, es mejor pasarlo separados; de otro modo, ¿qué tiempo de desconexión es ese?

CAPÍTULO 9

Yael

¡Oh, Dios!, me ha bajado la regla y me encuentro fatal. Siempre tuve un período liviano, fácil de llevar, pero de un tiempo a esta parte parece haber cambiado y cada mes se me antoja una tortura.

Para colmo de males, tengo migraña, así que solo me apetece meterme debajo del nórdico y no sacar la cabeza en todo el día. Por suerte para mí, es domingo y no tengo que salir a ningún lado.

Yaiza se marchó ayer en cuanto se levantó, llevaba un buen resacón, pero decía tener una cita importante, no quise rascar más, tampoco me sentía con ganas.

Me paso el día tumbada en el sofá viendo series y películas lacrimógenas, o puede que la maldita reina roja mensual tenga la culpa de mi tendencia a soltar fluidos salados por ojos y nariz.

En ningún momento me quito el final de mi noche de fiesta de la cabeza. Todo es un ruido mental imposible de acallar. Así que intento dormir lo que puedo para no pensar que Gabriel está prohibido para mí.

El problema es, ¿por qué debería importarme?, no soy yo muy simpatizante del *instalove*, y, a decir verdad, no conozco al tipo de nada más que un encontronazo en un chiringuito tiempo atrás y un día en el curso de soldadura. Por cierto, se me están quitando las ganas de ir mañana. Entre el mal cuerpo que tengo ahora y lo patética que me siento por ser algo así como una loba *quitamaridos*...

Lunes por la mañana y entro en la nave. Por instinto, sin premeditación ni alevosía, me dedico a hacer un rodeo visual buscando un gorro de gatitos que no encuentro. Puede estar en la cabina, pero es raro, todavía hay varios grupitos de gente contándose las fechorías del fin de semana y él no está en ninguno de ellos.

Bueno... eso pienso hasta que Abraham me toca el hombro.

—¿A dónde vas, chiquilla, que te vas a caer?, madre mía cómo viene la niña, ha pasado por nuestro lado y ni nos ha visto —se ríe a carcajadas y me da una palmada fuerte que casi me tira de bruces.

—Serás bruto, es lunes, los lunes son malos, ya lo sabes. ¿O es que tú vienes fresco como

una rosa? —pregunto enfurruñada.

—Fresquísimo. Me metí el viernes por la tarde en casa y ya no salí hasta esta mañana, fíjate tú si me ha dado tiempo de descansar, hasta le he echado tres polvos a la parienta —se jacta.

—Neandertales... perdónalos, ellos no tienen la culpa de ser unos zoquetes —mascullo entre dientes.

Abraham no me presta atención, está hablando con otro chico. Consulto mi móvil distraída, hasta que mi amigo se dirige de nuevo a mí:

—¿A que sí, Yael?

Dejo de prestarle atención a la pantalla y alzo la cabeza para encontrarme con los ojos oscuros y penetrantes de Gabriel.

—¿Qué decías? —inquiero totalmente fuera de onda.

—Que siempre nos vamos a almorzar al bar de la esquina y que puede venirse con nosotros —dice Abraham como si se dirigiera a una niña pequeña.

—Oh, sí, claro —hablo de manera errática.

Gabriel se da cuenta y me dedica una sonrisa pícara.

—Por cierto, no os conocéis, ¿no? Yael, este es Gabriel; Gabriel, esta es Yael.

Ante la extraña escena, solo puedo hacer lo propio, me acerco al chico que me acaban de presentar y le doy dos besos al aire, soy malísima para saludar como lo hacemos los españoles, a decir verdad, soy malísima en todo lo que se refiere a contacto con otros humanos, sin embargo, con este espécimen hago una excepción.

Cuando me separo de él, me está observando divertido.

Abraham nos zarandea a ambos con sus manazas en nuestros respectivos hombros y se marcha hacia otro lugar donde socializar y soltar su verborrea... y sus palmaditas... y sus zarandeos que ni el osteópata, tú.

—Es simpático el hombre, ¿cierto? —pregunta Gabriel alzándose de hombros.

—Es un poco pesado, pero es buen tío. Se siente bien presentando a novatos a todo el que se encuentra, conmigo también lo hizo y he de decir en su favor que me ayudó mucho a poder relacionarme aquí, ser la única chica no es fácil.

—¿No me digas?, si los tienes a todos a tus pies. He visto cómo te ayudan.

Enarco una ceja y recuerdo que en un momento del viernes pasado la lie bastante con unas barras de pasamanos.

Quise coger una y era tan larga que le di a otras que estaban no muy bien posicionadas, y empezaron a caer barras al suelo... No es la primera vez que me pasa, no me llevo bien con todo lo que sean barras largas... ejem, de hierro, malpensada/os.

Suspiré.

—Sí, son todos un amor y me miman demasiado. No sé qué pasaría si hubiera una segunda

mujer en esta nave, con toda probabilidad, me atacarían los celos más voraces —suelto de carrerilla.

Gabriel abre mucho los ojos.

—No te tenía por una celosa obsesiva.

—No me hables de celosas obsesivas, ya tuve bastante con tu amiguita. ¿Lola se llamaba?

—Sí, Lola... Es una larga historia.

CAPÍTULO 10

Gabriel

No quiero hablar de mi pasado con Lola y su bella hermana, así que decido disculparme con Yael y dirigirme a mi cabina. No estoy de lo más simpático hoy, entre el dolor de espalda por culpa del sofá cama de Héctor, que es algo así como un instrumento de tortura disfrazado de sofá inocente y mullido, y la impotencia de haber tenido que dejar mi casa. Mi casa, joder.

Y es que por esa razón continuaba viviendo con Verónica, el temor a salir de mi zona de confort, mi hogar, mis cosas. Soy muy apegado a mis raíces y ahora me siento como si fuera un árbol talado y abandonado a su suerte en el suelo húmedo del bosque.

Así que hoy no tengo ganas de acercarme a ninguna chica, ni siquiera a Yael, por mucho que me atraiga y me ponga con esa camiseta ceñida de camuflaje con la que ha entrado en la nave y que tan bien le sienta. Solo quiero estar seguro de que cuando salga de aquí tendré un lugar en el que ir a morir, yo me entiendo, a relajarme sin tener que aguantar manías de nadie. Quiero mucho a Héctor, pero de ahí a vivir con él hay un trecho, está cargado de puñetas y excentricidades, así que mientras me tomaba un café en el bar esta mañana he estado mirando apartamentos o estudios pequeños para mudarme con la mayor brevedad. De momento, todo es demasiado caro en la ciudad, así que creo que no me quedará otro remedio que buscar en un pueblo en el que el precio de la vivienda sea más asequible.

Hago inmersión en mis pensamientos mientras tiro cordón sobre cordón en plano, la gota me embriaga y tengo la sensación de estar aislado del mundo. Me encanta soldar, aunque las condiciones sean algo incómodas, el calor es asfixiante en la nave, pero yo ya estoy acostumbrado, mis trabajos nunca han tenido el aire acondicionado como protagonista.

Ahora que estoy en el paro echo de menos la rutina, es curioso como el ser humano está deseando no tener que ir al trabajo y cuando se queda sin él es capaz hasta de deprimirse. Venir aquí me hace sentir que hago algo útil, la homologación me abrirá puertas, lo que no sé es si volveré al lugar de donde tan sutilmente me han quitado de en medio.

Estoy la mar de optimista hoy, ¿cierto? Abraham me ha dicho que vaya con su grupo a almorzar y no me apetece nada, aunque confieso que me he acercado a él para acortar distancia entre Yael y yo, pues Abraham parece su sombra, bueno, él y otros dos o tres más que orbitan a su alrededor.

El viernes anterior me quedé con un palmo de narices cuando ellos se fueron, estuve en el

bar, escuchándolos, yo estaba en la barra, de espaldas, era así como un espía silencioso que nadie vio, ni siquiera ella, soy bueno cuando quiero hacerme invisible.

Abraham asoma la cabeza en mi cabina cuando estoy recogiendo y yo fuerzo una sonrisa. Como vaya con ellos y esté en esta actitud de funeral, no me van a aceptar más en sus épicos momentos de bar de polígono.

Fuera de la cabina están Yael y los otros individuos que Abraham me presenta como Sergio y Tito. Nos vamos todos al bar, por el camino, ellos hablan de sus cosas y Yael se ríe con las bromas de los tres hombres, que parecen ser como una especie de escuderos.

No sé qué decir y Yael no me mira ni un solo momento, me siento incómodo y estoy a punto de largarme, ¿por qué demonios estoy tan nervioso?

Nos sentamos a la mesa y poco después aparece la camarera, una mujer de mediana edad que los trata a todos con familiaridad, a tomarnos nota. Yael se pide un carajillo de Baileys con hielo.

Está frente a mí en la mesa y la observo con el ceño fruncido.

—¿Qué?, está bueno —dice encogiéndose de hombros.

—Yo también quiero otro —digo, porque la verdad es que la chica tiene razón, está bueno y fresquito.

—Otro raro, si es que hasta os parecéis, yo creo que haríais buena pareja —suelta Abraham como si tal cosa.

Yael hace una mueca extraña, yo diría que es de asco y me dan ganas de preguntarle qué tan disparatada le parece la idea para que ponga esa cara, pero me callo. Hoy estoy algo malhumorado y tampoco quiero pagar mis problemas con ella.

—No metas lío, Abraham, él ya tiene pareja, ¿cierto?, más que eso, está casado... —dice con cierto retintín.

Voy a responder a esa falsa afirmación cuando la camarera nos trae lo nuestro.

Yael se levanta y se dirige al lavabo. Quizá tendría que hacer lo mismo, levantarme y seguirla, aunque el tal Tito me ha enganchado en una conversación que no entiendo muy bien sobre programas de televisión y no me deja irme, bueno, me refiero a que si lo hiciera, quedaría como un maleducado.

El tío plasta no se calla y voy a decirle que tengo que ir al lavabo cuando Yael vuelve con la cara algo mojada. Se sienta en su silla y le echa el azúcar al café que está en la tacita para luego volcar el contenido en el vaso de tubo que aguarda expectante con sus dos cubitos de hielo.

—Entonces, dime, ¿de dónde eres? —inquire Abraham dirigiéndose a mí.

—De Tarragona, he vivido allí desde niño —respondo.

—Mira, como tú, Yael, ¿ves por qué digo que os parecéis?

—¿De qué parte eres? —le pregunto.

—Del barrio del Carme —responde ella con sencillez—, ¿y tú?

—Soy de las afueras, siempre viví muy cerca de la playa Arrabassada —digo omitiendo que me trasladé al centro de la ciudad cuando me fui a vivir con Verónica, poco antes de casarnos, y que ahora comparto piso/antro con el loco de mi amigo.

Quiero volver al asunto de mi supuesto casamiento, aclarar que ya no estoy con nadie, pero no sé cómo hacerlo, los chicos han cambiado de tema y ahora hablan de Fórmula Uno. En otro momento me encantaría hablar sobre ello, pues siempre veo las carreras, hasta he vivido alguna que otra *in situ*, pero solo quiero que Yael se quite esa idea de la cabeza, la de que soy el típico hombre casado que busca aventura fuera de su matrimonio.

Si ella supiera que todo mi amor por Verónica se esfumó la noche que la conocí, no tendría que aclarar todo esto...

CAPÍTULO 11

Yael

Me pone nerviosa, no sé de qué demonios hablar, siento que meto la pata a cada palabra que digo, por eso me mantengo en segundo plano y dejo parlotear a Abraham, que le está haciendo el tercer grado.

Gabriel parece algo incómodo, y es que no me extraña, Abraham es un cotilla de manual. A mí también me hizo lo mismo en su día, pero yo no fui tan paciente como él, a la tercera pregunta le dije que, si eso iba a ser una entrevista, mi caché era alto y solo hablaría previo pago. El tipo se dio cuenta de lo insufrible que estaba siendo y me dejó en paz.

Le he soltado esa perlita de que estaba casado, tengo un humor de perros hoy, lo confieso, la regla me vuelve peligrosa. He tenido que marcharme, no soy nadie para hablar así de la vida de otra persona, por mucho que la actitud reprobable de Gabriel me altere.

Cuando terminamos los cafés y ya estamos a punto de volver a la escuela, Abraham pide una ronda de chupitos, mal empezamos.

Me niego en un principio, pero sucumbo enseguida a las alas que me da el alcohol, estoy tan nerviosa e incómoda que lo necesito, aunque suene supermal decirlo.

Después del primero, brindis y mesa manchada de licor incluida, viene el segundo, y yo ya no sé ni qué narices digo.

Me estoy riendo, me estoy riendo mucho y Gabriel clava su hermosa mirada en mí. Dios, me va a dar algo, «deja de mirarme así o no respondo de mis actos», pienso.

En un momento, el teléfono suena. Es el de Sergio.

—Mierda, la parienta —dice arrastrando las palabras, señal de que los chupitos han hecho su faena, Zacarías nos matará.

—¿Tienes miedo a cogérselo? —inquire Abraham.

—¿Miedo?, ¿yo?, ¿qué dices?, yo se lo cojo y le digo, ¡qué pasa!, estoy aquí con los colegas bebiendo chupitos, así que no me molestes.

Tuerzo el gesto, esa afirmación me ha parecido de lo más machista y así lo hago ver.

—Es que es verdad, vosotras siempre llamáis cuando mejor nos lo estamos pasando con los amigos —asegura Abraham entre risas.

—Me parece muy mal que digáis eso. ¿Por qué ese rechazo a las mujeres que comparten la vida con vosotros?, ¿es que hay algún problema en que estén a vuestro lado cuando eso ocurre? Yo os digo una cosa, a mí no se me deja aparcada, no soy un coche, y cuando he tenido pareja, en todo caso que me espere él a mí —expongo triunfal por mi sobrada total.

—Yaelita, que acabas de llamar a Sergio machista y ahora te pones tú chula —dice Abraham reprendiéndome con una expresión fingida de enfado.

—Es verdad, yo quiero que mi pareja disfrute conmigo, que no me deje en casa aparcada como si yo fuera un trasto —digo no muy centrada, los chupitos han hecho estragos en mí.

—Si estuvieras conmigo, serías un coche, sí, pero el mejor de los coches, el más veloz, y nunca, nunca te dejaría aparcada —suelta de pronto Gabriel y todos, todos, nos quedamos de piedra.

No sé qué responderle, lo ha dicho en un tono cargado de intención, definitivamente, tengo claro que este tío quiere algo conmigo, pero yo no voy a sucumbir a esa mirada, ni mucho menos a su sonrisa sexi, aguantaré como una guerrera y no será fácil que me lleve a su terreno, no será lo que él quiera, será lo que pueda, y a mí bésame si puedes, inténtalo, porque cuando de cabezonería se trata, no tengo igual.

CAPÍTULO 12

Gabriel

Esta tía me matará de deseo, no sé qué es, pero su cuerpo grita mi nombre y el mío el suyo. Me ha puesto muy burro con esas palabras, con la chulería que destilaba. No sé por qué, porque aseguro que no soporto a las tías que van de duras, pero esta es diferente, sé que toda esa palabrería es impostada y que, en realidad, debajo de esa camiseta ceñida se encuentra una mujer que siente, que ama, que rezuma pasión por todos los poros de su piel.

El teléfono suena de nuevo, es la parienta del tal Sergio, otra vez, la mujer ya ha llamado al menos tres veces y la cara de miedo del susodicho se ha ido incrementando por segundos, ya no hay ni rastro de la prepotencia de un rato atrás.

Se aleja del grupo y atiende la llamada.

—Sí, sí, cariño, en cuanto acabe voy para allí y te juro que llegaré a comer... No, lo del viernes ya sabes que fue especial, era el cumpleaños de un compañero... No, de verdad, no te estoy mintiendo... Es que somos muchos y hay muchos cumpleaños seguidos...

Todos nos reímos desde la mesa. El toro valiente se ha transformado en un ternero apocado.

De pronto, la expresión de Sergio es de terror y nos hace un gesto para que guardemos silencio.

—Es una compañera, ya te lo he dicho... No, tú eres más guapa y ella tiene marido, sí, está casada y tiene cinco hijos, además, es muy mayor —Sergio suelta esa sarta de embustes ante la risa ahogada de Yael.

Le dedico de nuevo una mirada simpática y ella me devuelve una hambrienta o sedienta, quiero beberme a esta chica como si fuera uno de estos chupitos de orujo de hierbas que me acabo de tomar y comérmela como el mejor manjar, y lo peor de todo es que quiero saciarme de ella ya.

CAPÍTULO 13

Yael

Cuando entro en la nave solo me falta cantar Paquito el chocolatero, qué malo es el alcohol, pero qué malo. Zacarías nos mira con expresión reprobatoria y Morales se aguanta la risa.

Abraham me ha contado que hace nada y menos era uno de los asiduos a las rondas furtivas de chupitos. Ahora es profesor y ha de dar ejemplo, su entrada triunfal con chanclas ya fue suficiente provocación, así que intenta ser bueno.

Nos dirigimos cada uno a nuestra cabina, cómo no, Gabriel es mi vecino de nuevo, al otro lado tengo a Abraham.

Intento ponerme seria, aún me quedan tres horas hasta las dos de la tarde, hemos alargado demasiado el almuerzo, pero todavía esas tres horas se me antojan eternas, tengo una incipiente morriña que me ataca con saña.

No debería haber bebido, esto no es serio.

Me paso el cable por detrás del cuello, a lo Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*, si nunca habéis soldado con electrodos, os diré que ese cable, manguera o lo que sea pesa muchísimo. Lo sé, tanto tiempo soldando y meto la pata con el nombre de las herramientas, lo vais a ver mucho, suelo hacerlo de modo habitual con todo. Pues eso, que pesa, y si me lo apoyo en el cuello es más fácil de llevar, pues luego hay que levantar el codo y mantener una postura correcta para hacer unos cordones de la hostia.

No he tirado ni dos cordones cuando oigo voces en mi cabina, otra vez. Son Abraham y Gabriel.

Se me pega el electrodo y blasfemo. Me subo la careta y miro a los intrusos con inquina.

—¿Es que aquí no hay manera de concentrarse?

—Sí, sí, tú pon excusas, me da que sigues siendo la reina de los electrodos pegados —dice Abraham para hacerme rabiar.

Despego el electrodo y fulmino a mi amigo con la mirada.

Agarro la radial para limpiar el estropicio, pero el disco ya es historia y me dispongo a cambiarlo.

No atino, Gabriel me está mirando como si yo fuera algo ¿comestible?

—Anda, déjame a mí, Mari Puri —suelta Abraham socarrón quitándome la radial de un

zarpazo.

Frunzo el ceño y obvio decirle de nuevo que no me llame así, que odio que lo haga.

Tras montar el disco, me entrega la radial con una sonrisa de oreja a oreja.

Niego con la cabeza y me dispongo a limpiar los restos del electrodo pegado. Acciono el interruptor de la radial y el disco sale disparado. Mi corazón se desboca, pues pasa tan cerca del cuello de Abraham, que de pelos va que me convierta en una homicida involuntaria y alcoholizada.

El susodicho está blanco como un papel y ya no hay en él atisbo de guasa.

—¡Madre mía!, ¡madre mía!, si es que no tendríais que estar aquí, joder. Fuera ahora mismo de mi cabina, no quiero tener que repetirlo —digo muy seria.

Abraham y Gabriel no rebaten mis órdenes, pero, de pronto, me doy cuenta de que la camisa de Abraham está en llamas, sí, literalmente, se está quemando por los faldones y él, con su barriga prominente, no se ha dado ni cuenta.

Grito para avisarlo y rápido se la quita. Zacarías entra en la cabina.

—Pero, hombre, ¿qué estáis haciendo?, que voy a acabar sin trabajo por no saber tener a raya a mis alumnos...

La camisa de Abraham tiene un buen boquete, por él se asoma su vientre de pelos ahora chamuscados, porque en lo que tardaba en apagar y quitarse la maltrecha prenda, esta ha ardido con ganas.

Su camisa no es ignífuga y se gana una buena bronca por parte de Zacarías, que lo obliga a salir de la cabina y le proporciona una en condiciones, previo pago por ella, claro está, de esa forma seguro que Abraham no volverá a ponerse prendas inadecuadas, claro que sí, Zacarías es el puto amo del castigo monetario.

Gabriel y yo nos quedamos solos en el cubículo, nos estamos riendo con ganas, lejos ha quedado el pedazo de susto que nos hemos llevado con el disco de radial volador.

—¿Siempre os lo pasáis tan bien aquí? —pregunta intentando dejar de reír.

—No te creas, hoy está siendo un día movidito, por regla general, es todo bastante normal, no solemos beber en los almuerzos si no es viernes a última hora, lo de hoy es excepcional y todavía no entiendo qué ha ocurrido. Zacarías está que echa humo.

—Ah, entiendo —responde, y yo soy consciente de que se avecina un silencio incómodo.

—Casi le corto el cuello, dios —confieso, el sentido común me ha devuelto a la realidad, ese disco podría haberme cambiado la vida.

—No hubiera sido culpa tuya, él lo puso mal —interviene Gabriel encogiéndose de hombros.

—Pero yo no lo comprobé, la radial está a mi cargo, he de ser yo la que la manipule y me asegure de que no va a salir un disco disparado —argumento llevándome ambas manos a la cintura.

—Bueno, por suerte, no ha pasado nada y ahí tienes al cafre de Abraham vivito y coleando. Un poco chamuscado, eso sí, pero, al fin y al cabo, vivo —dice para reconfortarme.

Asiento con la cabeza.

—Voy a seguir —anuncio de pronto, sorprendiéndome a mí misma de lo tajante que he sido.

—Va-vale, yo voy a darle un poco también, aunque confieso que no tengo ganas.

—¿Y de qué tienes ganas entonces? —pregunto sin pensar en que ello pueda llevar a la suspicacia.

—Si te lo dijera, posiblemente me soltarías un guantazo —sentencia antes de abandonar mi cabina y dejarme con dos palmos de narices.

Niego con la cabeza y sonrío embobada.

«Está prohibido para ti», me recuerda mi voz interior, esa voz que lo fastidia todo.

CAPÍTULO 14

Gabriel

No soy tonto, a esta chica le gusto, y mucho. Pero cree que estoy casado, quizá el pensar que estoy prohibido haga que tenga aún más ganas de mí. Quería aclararle la verdad, que me he dado un tiempo con mi mujer, un tiempo que tiene toda la pinta de convertirse en definitivo después de la forma en que Vero me echó de casa.

Me pregunto si la echo de menos una y otra vez y la respuesta es negativa. Me siento como un gusano, no puede ser que haya pasado tanto tiempo con ella y la haya olvidado de un plumazo. Quizá sea por tener a Yael cerca, ella hace que mi mundo se trastoque, lleva años haciéndolo sin ni siquiera saberlo.

He pasado mala noche de nuevo, en la calle se formó una buena pelea de madrugada y los gritos nos despertaron a Héctor y a mí. Salimos al minúsculo balcón y vimos a la policía que se las tenía que ver con unos chavales con machetes. Héctor negó con la cabeza.

—Esto cada día está peor... —dijo antes de meterse en la cama otra vez, yo ya no pude dormir, y no solo por los chicos con sus machetes.

Antes de los gritos soñaba con Yael, estaba a mi lado, en una playa preciosa de cantos rodados blancos como paredes encaladas. No sé qué sitio era, pero me pareció paradisíaco. Quizá aquellas piedras en lugar de la arena fina de las playas de Tarragona signifiquen algo, que no va a ser fácil llegar a ella, por ejemplo, qué sé yo. Nunca he sido muy místico y mucho menos he buscado el significado de ninguno de mis sueños, era Vero la que lo hacía por mí cuando le explicaba las pesadillas que me atenazaban.

Aparco el coche, acabo de llegar a la escuela. El de Yael está junto al mío, la vi marcharse quemando neumáticos ayer con él. Es negro, un Volvo V40 algo tocado. Con ese modo brusco de conducir, no me extraña, todo hay que decirlo.

Suspiro antes de disponerme a entrar en la nave. Y también antes de hacerlo en la cabina, su perfume me llega y se cuela por mis orificios nasales mezclado con la polución y el olor del hierro.

Asomo la cabeza por su cabina, ya está bien de andar con tonterías de crío.

—Buenos días, Yael —digo a riesgo de parecer un *viejoven*.

—Hola —saluda mientras se voltea a mirarme, luego sigue con lo que estaba haciendo, regular la corriente de la máquina.

Vuelvo a mi cabina y me dispongo a preparar las herramientas, cuando la oigo exclamar: «¡mierda!».

Regreso a su lado y le pregunto con cortesía qué le ocurre.

—La máquina se ha vuelto loca, no va bien.

—A ver, déjame.

Por alguna razón, los hombres tenemos por manía intentar socorrer a las mujeres, aunque estas no nos lo hayan pedido. No soy técnico en estas dichas máquinas, pero, a diferencia de Yael, yo soy soldador profesional y he trabajado en esto muchos años. Si bien, siento la necesidad de ayudarla, de protegerla y no sé bien de qué, yo no soy así.

Le pido que me pase la pinza y me la entrega tras sacarse el cable de detrás del cuello, es gracioso verla trabajar con este como si fuera una serpiente.

Pruebo a soldar y me doy cuenta de que no hay manera, que la máquina está estropeada.

—Voy a avisar a Zacarías —anuncia antes de desaparecer detrás de la negra cortina ignífuga.

Sigo probando la máquina, mas no consigo nada. Yael vuelve acompañada de Morales, y este apaga todos los interruptores antes de decir:

—Pues nada, no hay cabinas libres, así que tendréis que compartir la de Gabriel.

Yael me mira con cara de circunstancias. Y yo pienso:

«Tú y yo, calor, demasiado juntos, madre del amor hermoso, esto será la muerte».

Y ahí estamos, a turnos, soldando en plano, algo que dice que ya la aburre, pero no deja de tirar cordones a cual más espectacular.

—Sabes que por muy bien que esté, si te lo miran con una radiografía pueden encontrar poro, ¿cierto? —pregunto para chincharla, básicamente.

—Ya está el soldador profesional. Todo se andará, llegará un momento en que mis soldaduras serán famosas a muchos kilómetros a la redonda —bromea.

He de decir en su defensa que ella suelda mejor que yo, bueno, puede que suelde mejor que muchos en este lugar. Tiene una delicadeza etérea al ejecutar los cordones, es impresionante.

—Has de pensar que no es lo mismo estar aquí en una cabina con todas las comodidades que en una estructura, en una postura imposible intentando que te salga algo decente, a veces en condiciones muy jodidas —le explico.

—Soy consciente de ello, ya lo he probado en un camión, pero fue con una semiautomática.

—¿También sabes soldar con hilo? —pregunto.

—Y con TIG —responde encogiéndose de hombros.

—Impresionante, la verdad es que se te da muy bien —la alabo.

—Gracias —dice con timidez, encogiéndose de hombros.

Abraham aparece en escena, es hora de almorzar.

En el bar todo transcurre de modo tranquilo, como dijo Yael que solía ser habitual. Risas sí, muchas, y enfado de la susodicha cuando subida en la barandilla de la barra del bar nota como alguien le toca el culo.

Se gira furiosa y pregunta quién ha sido. Le pega una bronca impresionante a Tito, porque, al parecer, ha sido él. Yo no lo sé a ciencia cierta, porque acabo de salir del lavabo, pero Yael lleva un buen mosqueo por ello. Y es normal que lo lleve, nadie debe tocarla sin su consentimiento.

Tito me mira con cara de circunstancias.

—Solo ha sido una broma —me dice bajito.

—No puedes hacer ese tipo de bromas, tío. Es más, vuelve a tocarla si te atreves —mascullo sin que los demás, y mucho menos Yael, me oigan.

Ella regresa a la nave sin hablar con nadie, algo adelantada del grupo.

—Es que, tío, ya te vale —suelta Abraham mientras niega con la cabeza.

Tito parece no entender el porqué de tanto revuelo.

Sergio también lo reprende, y yo tengo ganas de acudir junto a Yael, porque sé que en este momento no se siente bien y quizá mi compañía la reconforte.

¡Pero seré oportunista!, lo que yo quiero es que se refugie en mí y poder hacerle lo mismo que ha hecho Tito, con su consentimiento, claro.

CAPÍTULO 15

Yael

Siento una impotencia enorme. ¿En qué estaba pensando Tito para atreverse a tocarme? No me vale que sea algo infantil en ocasiones, ni que haya llevado la broma demasiado lejos. Está mal que lo haya hecho y que se pensara que no habría consecuencias.

Lleva tiempo diciéndome piropos y dedicándome frases bonitas, aunque yo nunca le he dado importancia, pues jamás me pareció que lo hiciera con mala intención, pero esto... Esto no me ha gustado nada.

Gabriel se da cuenta de mi rayada mental y permanece en silencio, cosa que agradezco. Ambos nos ponemos a soldar a turnos, pero ya no hay conversación entre nosotros, no puedo dejar de pensar en la impotencia que he sentido.

De pronto, Tito entra en la cabina con el gorro de pececitos entre sus manos.

—Lo siento, Yael. Ni siquiera te he tocado con la mano, lo hice con un servilletero, era solo una broma, no volverá a ocurrir —dice con genuino arrepentimiento.

Lo observo escrutadora y asiento con la cabeza, ya decía yo que aquello no parecía una mano, era un servilletero metálico...

—De acuerdo, Tito, estás perdonado, pero como vuelvas a hacerlo, te juro que te retorceré las pelotas y te haré una bufanda con ellas —digo señalándolo con saña.

—Frena, fiera, que el hombre te ha pedido perdón —suelta Abraham, que acaba de asomar la cabeza por la cabina.

Niego.

—Ahora dejadnos en paz —digo dándome la vuelta.

Escucho a Abraham reírse a mis espaldas, me volteo y veo a Gabriel con cara de niño travieso. Estos traman algo y no me gusta nada.

—Espero que nadie esté pensando en tocarme el culo con una pinza de soldar o un disco de radial... —gruño.

Gabriel y yo volvemos a la faena, la cercanía de este hombre me está poniendo frenética, parece mentira, pero huele muy bien. Me imagino quitándole esa camisa ignífuga que le cubre el torso que se atisba bien marcadito y se me pega el electrodo.

Me subo la careta y ambos nos miramos, sonrío y me encojo de hombros.

CAPÍTULO 16

Gabriel

Otra noche más en la que dormir se ha vuelto una odisea, en esta ocasión han sido unos vecinos que discutían a las tres de la mañana. No entendía nada de lo que decían, pues eran extranjeros, posiblemente marroquíes o qué sé yo, la cuestión es que el chico, que según Héctor es bastante joven, se ha marchado dando un portazo y la muchacha se ha quedado llorando. Ha habido un momento en el que mi amigo me ha dicho: «¿Hago palomitas?, él no tardará en volver y te aseguro que el tema se pone muy interesante, estos dos tienen unas reconciliaciones apoteósicas».

Es viernes y no me veo con ganas de iniciar el fin de semana frenético que me ha propuesto Héctor justo antes de abandonar su casa hace un rato. Tengo que mudarme y lo he de hacer ya. He visto varios pisos, pero ninguno me convence. Esta tarde tengo que ver uno en La Canonja, un pueblo muy tranquilo de Tarragona, cercano al polígono sur, donde trabajaba hasta hace apenas unas semanas. Es un pequeño estudio, pero en el edificio hay piscina, hecho que me vendrá genial para el verano.

Entro en la nave y me dirijo a mi cubículo, Yael ya está en él soldando, su máquina sigue estropeada, y no es la única, hay varios compañeros compartiendo cabina, como nosotros. Zacarías está que echa humo, ya lo he escuchado discutir varias veces con la empresa que se encarga de repararlas.

La contemplo embelesado, es increíble lo sexi que está esta mujer con ropa de trabajo. Sé que debajo de su gruesa camisa hay una camiseta ceñida a su torso, como una segunda piel, que deja entrever unos hermosos y generosos senos. Comienzo a pensar que soy un salido, pues ahora mismo estoy afectado por una erección la mar de inoportuna.

Yael deja de soldar y quita la cascarilla con el cincel, no tiene que hacer grandes esfuerzos, es una cabrona con suerte, parece hecha para quemar electrodos.

Carraspeo y se voltea sonriente.

—Buenos días, espero que no te importe que me haya adueñado de tu cabina —dice alzándose de hombros.

—Tú cabina es mi cabina... Perdón, mi cabina es... Bueno, ya me entiendes —suelto liándome con mis propias palabras, ella tiene ese efecto en mí: tartamudeos, trabalenguas involuntarios, en fin, soy un pardillo, mas no me importa, estar a su lado lo compensa todo.

—En fin, toda tuya, voy fuera a fumar —suelta como si tal cosa.

Frunzo el ceño, hasta ahora no la he visto con un cigarro entre los dedos.

—¿Fumas? —inquiero.

—Lo hacía hasta hace unos meses, lo he dejado, pero de vez en cuando me fumo alguno, voy a pedirle a Abraham —dice.

—No, espera —me apresuro a sacar mi paquete de Lucky del bolsillo pequeño de la mochila y se lo entrego. También le doy un mechero.

Coge un cigarro y me devuelve el paquete.

—Gracias —dice, y me guiña un ojo.

Me quedo embobado y no soy capaz de articular palabra, hasta que mi ser malvado interior dice: «gilipollas, pero ve con ella».

—Espera, te acompaño.

—Pero si acabas de llegar —me dice extrañada.

—Bueno, hay algo mejor que fumarse un cigarro, hacerlo con un amigo —digo sintiéndome orgulloso de lo que acaba de salir por mi boca.

Ella asiente con la cabeza y salimos de la nave uno junto al otro, para sentarnos en el muro divisorio del patio.

Zacarías me lanza una mirada reprobatoria, pues me acaba de ver entrar, y encima tarde.

Mi profesor no sabe la noche que he pasado y tampoco es consciente de lo que me atrae a mí esta maldita bruja, porque comienzo a pensar que es una bruja malvada que me ha hechizado por y para siempre.

—Tienes cara de sueño —dice Yael sacándome de mis pensamientos.

—Bueno, últimamente no duermo mucho —confieso después de soltar un gran suspiro.

Ella tuerce el gesto, me gustaría saber qué se ha imaginado esa retorcida cabecita.

Un incómodo silencio se cierne entre los dos.

—Hace demasiado calor para estar prácticamente al inicio de la primavera, miedo me da el verano —asegura tras exhalar una gran bocanada de humo.

—Pues sí, el calor y otras cosas, cosas externas como los vecinos, las reyertas callejeras, mi temible amigo Héctor, ya sabes de quién hablo.

—¿Héctor?, ¿vive con vosotros?, es decir, ¿contigo y tu mujer? —pregunta con las cejas enarcadas.

—Sí, bueno, no. A ver, vivo con él, pero en su casa... —Madre mía la que estoy liando.

—¿Vives con tu mujer en casa de tu amigo? —inquieta totalmente descolocada.

—No, a ver, no hay mujer. Verás, sí la hay, al menos en papeles, pero pienso ponerle remedio, nos hemos dado un tiempo —confieso al fin—, y hace unos días me fui de casa —

miento como un bellaco, pero es solo una mentira piadosa.

Me fui, a ver, cogí mis cosas y me marché a casa de Héctor, he omitido que Vero me echó; pero no le hace falta saberlo, ¿o no?

Yael exhala el humo que parecía haberla engullido a ella, sonrío, se baja del muro y pisa la colilla, para luego recogerla y tirarla a la papelera, me avergüenzo de haberla abandonado yo en el suelo hace ya al menos un minuto.

CAPÍTULO 17

Yael

¿He de creer lo que me acaba de decir Gabriel?, porque si es cierto, si en verdad se está separando de su mujer y será dentro de poco un hombre totalmente libre, el cuento cambia. Me gusta, a decir verdad, me encanta. Y a duras penas hemos podido hablar, si bien hay algo en él que me atrae como un imán. Siempre he sido de conocer poco a poco a las personas, aunque no sé qué diablos me ocurre con este individuo en concreto, es como si su cuerpo emanara hilos invisibles que me atrapan.

De algún modo, estoy contenta, no seré la otra, sino la única. ¿Qué estoy diciendo? Ni siquiera sé si él quiere algo conmigo o son imaginaciones mías. Hago un intento de poner los pies en la tierra, pero alzan el vuelo cuando Gabriel, en el almuerzo, me pide mi número de teléfono, porque dice que quiere quedar algún día conmigo para echar una cerveza.

¿Eso no es una cita?, estamos muy cercanos a los treinta ambos, si bien, en ocasiones parecemos adolescentes, y el acto de pedirme el teléfono delante de los demás se ha ganado las risitas de estos.

Abraham ha vuelto a decir que haríamos buena pareja, yo me he ruborizado.

De nuevo, el liante de turno, ya no digo el nombre, ha pedido una ronda de chupitos, es viernes, sí, pero es la hora del almuerzo, Zacarías ya nos ha advertido nada más entrar a mí y Abraham que nada de alcohol antes de las dos de la tarde. Acabaré por volverme adicta si esto sigue así. Me imagino de pronto delante de todos mis compañeros del curso diciendo: «Hola, me llamo Yael Martínez y soy alcohólica». Y todos respondiendo: «Hola, Yael, ¿otra ronda de chupitos?».

Vuelvo al aquí y al ahora..., lo de la otra ronda de chupitos no ha sido mi imaginación, sino Abraham, que está desatado, que alguien le diga que no, que alguien se lo diga, por Dios. No quiero ser la única aguafiestas. Todos asienten, a decir verdad, todos asentimos, somos débiles.

Volvemos a la nave como cubas... Zacarías nos observa muy enfadado.

—Pero, hombre, ¿otra vez?, no os debería dejar entrar, ya os digo que no debería. Si pasa algo, me voy a quedar en la puta calle, sin trabajo. ¿Y dónde voy a mi edad? —gruñe.

—Tranquilo, Zaqui, que en la empresa donde yo trabajo te colocho... —suelta Abraham arrastrando las palabras.

—Anda, anda... Mira que te lo he dicho, elemento... En fin, no quiero saber nada de vosotros. Morales, apáñate con ellos, al fin y al cabo, sois del mismo club —dice Zacarías con recochineo.

Morales se alza de hombros.

—Zacarías es muy blando con vosotros, conmigo a ver quién se atreve a llegar borracho a clase... —suelta Morales en un intento de transmitir autoridad.

Abraham estalla en carcajadas.

—Qué cachondo el tío, anda ya..., Morales, que nos conocemos, cuántas mañanas épicas hemos pasado tú y yo... —suelta poniéndole la mano en el hombro con camaradería.

—¿Cómo?, yo no me acuerdo de eso, sería otro tío, es que vas tan ciego que ya te confundes, loco. Va, todo el mundo al lío —ordena Morales dando unas palmadas.

Gabriel y yo nos metemos en la cabina entre risas, nuestras miradas hambrientas se observan, pero no son capaces de hacer más que eso, reflejarse la una en la otra.

Abraham entra de pronto.

—Míralos, qué monos me parecéis. Es que ya os digo yo que hacéis buena pareja. Podríais daros un pico. No hay cojones...

Gabriel clava su mirada en la mía con demasiada intensidad.

Quiero hacerlo, quiero darle ese pico...

—Claro que los hay —dice él dedicándome una sonrisa lobuna.

Se la devuelvo.

—Pues venga, un piquito, a ver, a ver... —insiste Abraham, se parece sospechosamente a la típica imagen que todos tenemos del diablo.

Y ambos nos aproximamos, unimos nuestros labios, abiertos, anhelantes, y dejamos danzar nuestras lenguas, que encajan a la perfección; nunca, y digo nunca, me dieron un beso como este, nunca sentí tanto en tan breve período de tiempo. Todo se desdibuja a nuestro alrededor y mi mente vuela a un lugar lejano, donde solo estamos él y yo, donde nada, nada empaña lo que podría ser... una gran historia de amor.

CAPÍTULO 18

Gabriel

A cabo de morir y estoy en el cielo, no puedo creer que un beso, un solo beso, haya causado ese efecto en mí. Ha sido como la fusión perfecta, la señal inequívoca de que es ella la persona que me complementa, mi otra mitad, lo que se dice popularmente como la media naranja.

Y es que en este momento estoy nervioso, deseoso, totalmente abrumado, y no sé qué hacer. ¿Cómo vamos a compartir cabina ahora?, si lo hago, estoy seguro de que acabaré quitándole la ropa y empotrándola contra la estructura ardiente de hierro; eso puede ser muy jodido, lo sé, pero mi imaginación vuela a los lugares más inverosímiles, pues aquí no hay ni pizca de intimidad.

Abraham vuelve a la cabina acompañado de Tito y Sergio, ambos con cara de flipados.

—Venga ya, Abraham, nos lo hemos creído y todo —suelta Sergio negando con la cabeza.

Estoy frente a Yael, pero tras el beso nos hemos separado y no hemos sido capaces de articular palabra.

—Que os digo yo que se estaban dando un morreo, y eso que solo les dije que se dieran un pico, a saber qué hubieran hecho si les digo que se coman la boca... —suelta Abraham eufórico.

—¿De verdad? —inquieren Tito y Sergio a la vez.

—A ver, daros otro, venga —apunta Abraham, como si besarnos fuera cualquier cosa.

—Venga ya... —suelto con determinación—, y cuidado con extender rumores, ¿de acuerdo?

Yael me mira y asiente con la cabeza.

Sé cómo somos los hombres, no todos, no puedo incluirme en ese grupo que da por hechas ciertas cosas sobre una mujer según sus actos. Si se enteran de lo ocurrido, puede que piensen que ella es fácil y alguno intente propasarse, es triste, pero es mejor curarse en salud.

Abraham me mira con cara de perrito desvalido y sé a ciencia cierta que ya es tarde, la noticia ha corrido de boca en boca, y cuando salgo a las dos, hay compañeros que me sonrían y me dan la enhorabuena sin palabras. Es bastante patético todo.

Yael y yo hemos hecho un esfuerzo monumental por seguir con nuestros ejercicios y no hemos comentado nada sobre nuestro beso, ambos estábamos demasiado abrumados. No me he podido despedir de ella, porque se ha marchado de modo apresurado.

Estoy delante del edificio del apartamento que he venido a ver en La Canonja. Es de construcción bastante nueva, yo diría que no debe llegar a los quince años. Entiendo que las vistas no serán de película, pues solo se ven las petroquímicas. Es pasar a vivir en una zona de riesgo de accidente químico y quizá a la mayoría de gente le daría respeto, pero yo estoy acostumbrado a trabajar en empresas en las que existe una posibilidad mayor de no volver vivo a casa por la tarde.

La chica de la inmobiliaria llega con diez minutos de retraso y se disculpa conmigo, es bastante joven y se podría decir que tiene una belleza serena, uno de esos rostros difíciles de recordar porque todo parece estar en su sitio y no hay nada que destaque especialmente.

Entramos en el portal y subimos en ascensor al tercer piso. La chica abre la puerta del apartamento y se dirige con celeridad hacia el gran ventanal del comedor. Levanta persianas y abre para ventilar, pues huele a cerrado.

De inmediato me gusta lo que veo. Suelo de parqué, paredes recién pintadas en blanco roto y muebles de Ikea, sin embargo, quien decorara este piso en su día lo hizo con gusto.

El piso es perfecto para mí y le regateo el precio del alquiler, consigo que me rebaje cincuenta euros, pero la muchacha de ahí no baja. Ya en un principio me había parecido un precio asequible, así que, sin darle más vueltas, decido quedarme el piso, podré mudarme en menos de una semana. Suspiro tranquilo antes de salir del edificio.

—Si es posible firmar mañana, te lo agradecería, me urge mudarme, ¿crees que puedes agilizar el trámite? —pregunto con interés en recibir una respuesta positiva.

—No lo sé, tendría que hablar con mi jefa y, claro, el arrendador también ha de dar el visto bueno, querrá saber si eres solvente para pagar el alquiler y demás... —dice ella algo incómoda.

Mierda, estoy en el paro y puede que por ello se niegue el propietario a alquilarme el apartamento precisamente a mí.

Tengo algunos ahorros, suficientes como para cubrir el alquiler por varios meses sin problema, así que le propongo a la chica pagar seis meses por adelantado. Ella abre mucho los ojos y me pide que espere mientras se aleja unos metros para hablar por teléfono.

Logro escuchar algo de la conversación, la palabra que más se repite es «mamá», así que doy por sentado que la tierna criatura es la hija de la dueña de la inmobiliaria.

Cuando cuelga, se aproxima hacia mí y me dedica una amplia sonrisa.

—Podemos firmar hoy mismo si quieres, en una hora estará todo listo, así que ven a la inmobiliaria sobre las seis.

Sonrío, esta noche dormiré a pierna suelta, sí señor.

CAPÍTULO 19

Yael

El beso, la clave para las emociones que han embargado mi juicio durante todo el día. Yaiza ha venido a comer a las tres de la tarde y yo no tenía nada preparado, estoy hecha un mar de suspiros. No me apetece salir nada de nada y mi hermana decide quedarse conmigo a dormir. Dice que mi madre está algo pesada y que necesita un poco de espacio.

—¿Cuándo vas a independizarte?, papá y mamá deben de estar deseando quedarse solos —digo con los brazos en jarras.

—¿Qué dices?, si están encantados con que viva con ellos. Estoy segura de que si me voy, sufrirán el síndrome del nido vacío, así que yo prefiero ahorrarles el disgusto.

—Ya sé yo lo que tú te quieres ahorrar... Anda, vamos a pedir unas *pizzas* para cenar y a ver alguna peli pastelona, porfa —digo poniendo morritos—, es que no tengo ganas de salir a ninguna parte, estoy reventada.

—Mira que estás rara, Yaelita. ¿No será que ha pasado algo con el tío ese del curso?

—¿Qué va a pasar?, solo estoy cansada de toda la semana, me hago mayor, ya sabes, los treinta están a la vuelta de la esquina.

—Los treinta, los treinta. No te lo crees ni tú, nos llevamos apenas unos minutos y yo estoy en la flor de la vida, además, tienes una cara de mentirosa que tira para atrás, así que desembucha, ¿qué ha pasado?

Suspiro antes de decir:

—Lo que ha pasado es que el mejor beso que me han dado en la vida ha sido en una cabina de soldadura.

Mi hermana me ha convencido otra vez para salir y no tengo apenas dinero, mucho menos ella, así que salimos con dos botellas de sangría del súper para hacer botellón en el aparcamiento de Las Carpas de Comarruga, dentro del coche, de extranjis. Una manera de salir a lo tacaño total.

Estamos de nuevo en una lista, mi hermana es la reina de conseguir entrar por el morro en la discoteca. Bebemos todo lo que podemos antes de hacer cola para acceder al recinto, no hay casi nadie.

Cuando ya estamos dentro, el ambiente está teñido de tranquilidad, todavía es pronto y no hay mucha gente. Yaiza se enciende un cigarro y me ofrece otro a mí. Niego con la cabeza, no

quiero volver a engancharme con los pequeños cabrones de nicotina.

—Así que un beso... ¿Y dices que besa bien? —pregunta echándome el humo en la cara.

Ruedo los ojos, así será imposible mantenerme lejos del tabaco.

—Nadie me ha besado como él, jamás —suelto quitándole el cigarro de entre los dedos.

—Pero tendrás morro... —Saca el paquete de tabaco otra vez y se lleva un pitillo a la boca.

—De verdad, Yaiza, fue mágico, no dejo de revivir el momento en mi mente... —digo evocadora.

—Oh, oh... Me da a mí que ese chico te ha dado algo más que un beso, ¿no notaste algo duro en la boca? —pregunta mi hermana rascándose la cabeza.

—¿Cómo? No, solo nos besamos, malpensada.

—No digo eso, no tendría ninguna pastilla ni nada en la boca, ¿no?, ya sabes, alguna droga. Lo digo porque ahora mismo no reconozco a la Yael que tengo a mi lado.

—¡Nooo!, ¿es que jamás te han dado un beso que te lleve al cielo? —pregunto de brazos cruzados.

Yaiza suspira...

—Pues, si te digo la verdad, no, nadie me ha dado un beso que cause ese efecto en mí. Y mira que me he besado con chicos que prometían mucho, pero luego nada, no hay chispa, no sé si me entiendes.

—Perfectamente, es lo mismo que me ha pasado a mí hasta esta mañana, así que creo que el destino ha tenido a bien que me quede sin trabajo para poder reencontrarme con él.

Yaiza sonríe, si es que en el fondo es una sentimental, aunque se empeña en demostrar que ni siente ni padece.

Me dirijo a la barra y pido dos cervezas, chocamos las botellas y me encojo de hombros.

—¿Qué haces?, ¿no me has dicho que no tenías nada de pasta? —inquieta Yaiza extrañada.

—Bueno, lo justo para terminar el mes, no creo que un par de cervezas me lleven a la ruina —miento, pues estoy muy, pero que muy apurada económicamente hablando.

CAPÍTULO 20

Gabriel

Después de colocar mi ropa en el armario y darme una ducha en mi nuevo apartamento, me pongo prendas cómodas y me abandono a las mieles del sofá, en compañía del mando a distancia. La tele es algo vieja, es de tubo de imagen, de las de culo de toda la vida, pero es bastante grande y, al encenderla, puedo comprobar que en ella se verán las películas de lujo. Si bien, no sé qué películas voy a ver, ya que las que tengo están en mi antigua casa. He de quedar con Vero para que me deje entrar a buscar mis cosas.

Puede que el resto del mundo piense que las pertenencias materiales no son importantes para una persona. En mi caso significan mucho, son como mis raíces y necesito tenerlas cerca para sentirme pleno. Mi ex me dejó el equipaje en la puerta, pero solo la ropa hecha bolas en la maleta.

«Tengo que quedar con ella», me repito sin cesar cada vez que echo algo en falta. Zapeo durante unos minutos sin encontrar nada que me guste para ver, así que agarro el móvil, que descansa sobre la mesa de centro, y entro en Facebook. Busco el nombre de mi diosa y le envío una solicitud de amistad. Tiene el perfil privado, solo una fotografía en la que sale preciosa me hace recordar de nuevo el momento vivido hace unas horas con ella. Quiero decírselo, que me encantó ese beso, que me perdí en sus labios y que no sé si algún día pueda encontrarme a mí mismo, creo que si no vuelvo a besarlos me volveré loco.

Le escribo un mensaje.

No dejo de pensar en ti.

Los minutos, interminables, pasan, y no recibo respuesta. Me dirijo a la cocina y preparo algo de cena, no tengo muy buena mano y la tortilla francesa que me hago es una especie de *slime* aceitoso. He hecho una compra de supervivencia en un súper que he encontrado por el camino. Ello incluye un paquete de patatas fritas, que devoro cuando veo que la tortilla se desinfla por momentos.

Cuando acabo y friego el plato, decido irme a la cama, ni siquiera tengo mi ordenador, mucho menos internet, y los datos del móvil no dan para gran cosa.

Cuando llevo apenas unos minutos traspuesto, o eso creo yo, mi móvil vibra.

Alargo la mano con desesperación y tiro sin querer el terminal al suelo. Lo recojo y compruebo en la pantalla que tengo un mensaje de ni más ni menos que Yael, mi diosa.

Estoy igual.

Frunzo el ceño, ¿qué significa que está igual?, menudo romanticismo se gasta la niña.

Yo también pienso en ti sin parar.

Recibo ese segundo mensaje con alegría, menos mal que algo de sangre corre por sus venas.
Me vengo arriba.

Quiero verte.

Escribo y espero ansioso una respuesta que no llega.

CAPÍTULO 21

Yael

En una noche tranquila, en la que la multitud no se agolpa en la pista de baile, poco podíamos imaginarnos Yaiza y yo que todo se precipitaría, hasta el punto de tener que salir a la carrera del recinto.

Y pensar que estábamos tan distraídas con el mensaje de Gabriel.

Os pondré en antecedentes, recibí un mensaje que me llegó al corazoncito, él me decía que no podía dejar de pensar en mí. Suspiré henchida de gozo y le respondí, lo reconozco, no soy muy buena para demostrar mis tímidos sentimientos, me da miedo darme demasiado al otro, así que mi mensaje fue contenido, pero pienso que efectivo, hasta que Yaiza me quitó el móvil y me reprendió por lo soso de mi respuesta.

—Anda, que estás igual, ya te vale, hermanita. Ponle algo más romántico, jodía —apuntó mientras negaba con la cabeza—, quita, ya se lo pongo yo...

—Ni de coña, dame el móvil ahora mismo —dije con firmeza, la conozco, capaz de ponerle alguna cochinada y no me da la gana dar esa imagen así de primeras.

—Ven, cógelo —me replicó haciéndome sufrir y esquivando mis intentos de recuperar el teléfono.

—¡No tiene gracia, Yaiza, devuélvemelo! —exclamé furiosa.

Al fin claudicó y me lo entregó poniendo morritos. Yo escribí la respuesta mientras ella miraba por encima de mi hombro.

—Ahora sí —soltó orgullosa de su hermana mayor por minutos.

De pronto, gritos de un grupo de chicos que estaba muy cercano a nosotras y la cabeza de uno de ellos rebotando en el suelo de la pista, frente a mí. Su cabeza hizo un ruido tan fuerte, que dudo mucho que no le haya ocasionado un traumatismo craneoencefálico importante.

Y se armó, cada vez más gente parecía apuntarse a participar en la reyerta, y nosotras, que queríamos salir de allí a toda costa, no podíamos a causa del tumulto de gente que bloqueaba el paso.

Yo llevaba el móvil en la mano y acabó en el suelo, la espalda de un tipo tuvo la culpa de que se me cayera.

—¡¡Vamos, vamos!!, ¡¡no te pares!! —vociferaba Yaiza mientras tiraba de mi brazo con

fuerza.

—El móvil, se me ha caído el móvil —aclaré resistiéndome a sus tirones.

—Es igual, no podemos volver ahí, con toda probabilidad, tu teléfono ya será historia —dijo ella con convicción, y no le quitaba la razón, la maraña de brazos y piernas no invitaba a zambullirse en su interior.

—Mierda... —mascullé desanimada, de nuevo la casualidad había hecho de las suyas.

Ahora me encuentro de camino a casa, conduciendo mientras me lamento por haber perdido mi móvil de modo tan tonto.

Es curioso como ese pequeño objeto se ha vuelto indispensable si queremos estar comunicados con los demás, lejos quedaron las llamadas al teléfono fijo, en las que te contestaba la madre de tu amiga y se quedaba escuchando en el supletorio de su habitación qué demonios hablabas con ella.

Lejos ha quedado el timbrazo y el: «¿que puede bajar a jugar fulanita?». Suspiro. Nací en 1980, he vivido en la analogía y ahora lo hago con la tecnología, he ido en el maletero de un coche con mis primos sin la protección del cinturón de seguridad. He comido un Donut porque mi madre decía que los pastelitos eran bollería industrial y el Donut no, ahora me río de lo absurdo de esa afirmación, pero de pequeña me metía entre pecho y espalda esa bomba de azúcar acompañada de una chocolatina, un desayuno bien equilibrado y sano, sí señor.

Yaiza está medio dormida en el asiento del copiloto. Hemos salido más pronto de lo normal de la discoteca, pero el alcohol que circulaba por mi torrente sanguíneo ya no lo hace, el disgusto por el momento vivido y la pérdida del móvil hicieron que se esfumara su rastro. Así que conduzco tranquila, en un intento de que la pena por no poder haber leído la contestación de Gabriel no me embargue lo que queda de noche.

Una vez en casa, Yaiza se va a dormir a la única cama que tengo de inmediato, yo me siento frente al ordenador en el salón y entro en las redes sociales. Veo que tengo una solicitud de amistad de él, Gabriel Aguilar, bonito nombre y apellido, es una de esas composiciones que suena bien nada más escucharla.

Cojo aire y acepto la solicitud. Le escribo un mensaje privado.

He perdido el móvil, siento no haber vuelto a...

Borro y reescribo el mensaje de mil formas distintas antes de quedarme con un simple:

He perdido el móvil esta noche, si me has respondido, no he podido verlo. Buenas noches, capitán.

Sí, definitivamente puede que quede algo de alcohol en mis venas, le acabo de llamar capitán, porque el condenado se parece a Jack Sparrow, bueno, más bien a Johnny Depp.

No sé si verá el mensaje, aunque veo que hay posibilidades de que así sea, suele publicar en Facebook con asiduidad. Reviso su muro y sus fotos, me guardo algunas en las que está solo y es un puñetero bombón de caramelo y regaliz, rara afirmación por mi parte, pero es lo que se me ocurre a las tres de la mañana con los vestigios de la sangría en mi cuerpo.

En un álbum encuentro instantáneas de él con una chica. Es guapa y parecen muy enamorados. Se sonríen. Cuanto más atrás voy, más veo el rostro de ella. Agacho la cabeza, no

tendrían que visitarme los celos, pero lo hacen, es inevitable que así sea, sobre todo, cuando veo que en una foto están besándose el día de su boda. ¿Sería mágico ese beso para él?

Apago el ordenador de golpe y me voy al sofá, no tengo ganas de lidiar con las patadas de Yaiza en la cama y mucho menos con sus ronquidos.

CAPÍTULO 22

Gabriel

La luz del sol me despierta, bueno, eso y los fogonazos de la chimenea de una de las fábricas, que hacen temblar los cristales. Ahora ya sé el defecto de este apartamento. Me visto con premura, ya que se me han pegado un poquito las sábanas, y salgo corriendo de casa. Se me pasa por la cabeza que me tomaré un café rápido antes de entrar en la nave, o si no me da tiempo, aguantaré hasta las diez de la mañana el hambre que hace rugir mis tripas.

Yael no contestó a mi último mensaje y eso me hizo sentir algo triste, esperaba que me respondiera, que me dijera de quedar en algún sitio para repetir el beso, muchos besos más.

No ocurrió, por el contrario, el silencio de mi diosa se apoderó de la pantalla de mi móvil y así ha permanecido durante todo el fin de semana, hasta que ha sonado la alarma esta mañana, alarma que he atrasado un par de veces y se ha confabulado para no repetirse más. Si no llega a ser por la chimenea de una petroquímica, ni me levanto.

Salgo del apartamento y el ascensor está ocupado, corro escaleras abajo y tropiezo con alguien. No me paro a mirar quién es, pues voy poniéndome la camisa mientras desciendo peldaños. Suelto un escueto: «perdone» y sigo mi camino.

Una voz como ahogada me responde algo así como: «mimipollas», y no puedo evitar que se me escape la risa.

Ya en la escuela me doy cuenta de que Yael todavía no ha llegado, no está su coche y la cabina que ella ocupa, ya con las máquinas arregladas, qué pena, está vacía, así que me resigno a pensar que puede que hoy no la vea.

Llevo diez minutos soldando cuando escucho a Zacarías reprenderla por haber llegado tarde.

—Lo siento, tuve un incidente y no me quedó otro remedio que cambiarme de ropa —la oigo decir.

Zacarías la deja en paz, no sin antes advertirle que hay que fichar, pues en el curso fichamos como si estuviéramos en una empresa trabajando, a tiempo, porque los retrasos pueden ocasionar que se la expulse y se le dé la plaza a alguien con más interés en llegar puntual. Ruedo los ojos y rezo para que Yael llegue pronto los próximos meses, cada uno de los días, sin faltar uno. Lo último que le dice es que la máquina de su cabina ya está reparada, ¿por qué?

Espero a que el profesor se aleje para abordarla.

—Buenos días, preciosa —digo sorprendiéndola sobremanera, ya que da un respingo.

Se gira con la mano en el pecho y me sonríe con tibieza.

—Hola, Gabriel, qué susto...

—¿Estás bien?, te veo un poco nerviosa.

—Ha sido un fin de semana complicado, pero nada que no se pueda solucionar con... —titubea—. Por cierto, perdí el móvil y no pude contestarte, te lo dije en un mensaje privado en el Facebook, pero creo que no lo has visto.

Me llevo la mano a la cabeza.

No se me ha ocurrido mirar las redes sociales, sé que Vero siempre está ahí, al acecho, y quería desconectar de sus mensajes, en ocasiones suplicantes, otras furiosos y exigentes.

—Lo siento, no lo he visto, ¿qué me decías? —pregunto con picardía.

—Que había perdido el móvil... Verás, te envié el mensaje y pensé que podrías haberme respondido.

«Así que no vio el mensaje en el que le decía que quería verla», pienso.

—Sí, lo hice, te dije que quería verte... —digo perdiéndome en su mirada castaña.

—Ah, ¿sí? —inquieta provocadora.

La sangre se me acaba de agolpar en cierto lugar al ver esa caída de pestañas kilométricas.

—Y quiero repetir ese beso —digo aproximándome a ella con lentitud.

Enmarco su rostro con las manos y le doy un beso feroz, un beso al que ella responde con la misma ferocidad o más. Es una leona ahora mismo, una leona a la que quiero poseer sin perder tiempo.

De nuevo se produce la magia, esa chispa que arde en cuanto nuestros labios se acarician, es parecida a la fusión del hierro y el electrodo, corremos el riesgo de quedarnos pegados para siempre y no habrá cincel que nos quite la coraza, y mucho menos cepillo de acero que consiga sacármela del corazón a estas alturas.

Quiero más, ya no me conformo con un beso, y así se lo hago saber.

CAPÍTULO 23

Yael

¿Qué me pasa con este hombre?, lo deseo con todas mis fuerzas, me acaba de besar de nuevo y he vuelto a sentir lo mismo que el viernes pasado. Sus besos dejan una estela que dura días, ¿cuánto lo hará esta vez?, me he pasado todo el fin de semana ansiando una respuesta, nerviosa, como cuando intentaba dejar de fumar y no podía, porque la necesidad de tabaco era más fuerte que mi voluntad.

Y he dejado un vicio para perderme en otro mucho más duro. Porque la mirada de este chico me tiene enganchada y sus besos más aún.

Cuando me dice que quiere de mí algo más que un beso, me echo a temblar, porque yo también deseo lo mismo. Necesito tener su cuerpo junto al mío, piel con piel, corazón con corazón, alma con alma.

Así que le acaricio el rostro antes de hacerle ver que estoy igual que él, pero no lo digo con palabras, mi lenguaje corporal lo hace por mí.

Nos vamos a almorzar con los demás sin poder obviar el fuego que bulle por dentro de ambos y permanecemos muy callados. Él está frente a mí y me gustaría que estuviera a mi lado para poder acariciar su mano, al menos eso.

Llevo unas botas de seguridad con puntera de hierro, hacer piececitos no lo contemplo; además, Tito está a su lado y yo soy la reina de meter la pata, capaz de equivocarme de piernas.

¿Por qué no se van todos y nos dejan solos?, es la primera vez que me sobran, que me gustaría soplar y que se esfumaran, que se esfumara todo el bar y solo quedáramos él y yo, pero no ocurre. Las bromas de Abraham me llegan amortiguadas, las conversaciones de Sergio con su mujer no me hacen gracia, los piropos de Tito me resbalan más que nunca. ¡¡¡Socorro!!!

Al salir del bar noto un tirón, alguien me ha cogido de la mano, me giro y es él.

—Ven conmigo —me dice con determinación.

—Zacarías... nos matará —digo poniendo algo de cabeza.

—Será un momento, por favor —suplica.

Nos alejamos del grupo ante las risitas que escuchamos a nuestras espaldas y nos metemos en el coche. Gabriel se enciende un cigarro y me ofrece otro a mí, niego.

Me besa de nuevo y el sabor del tabaco me llena la boca. Puede que para otras personas sea

desagradable, para mí no lo es, me parece del todo embriagador, sus labios tienen un efecto narcótico en mí.

Cuando nos separamos, pega su frente a la mía.

—Me gustas muchísimo, no te imaginas cuánto —asegura con sinceridad.

—Tú a mí también —respondo con cierta timidez.

—No sé qué pasará si damos un paso más, tengo miedo a que todo esto que siento se esfume por ello —confiesa para mi sorpresa, porque yo tengo el mismo miedo.

Temo que todo sea deseo, que la atracción que sentimos sea solo eso, mera atracción, o incluso encoñamiento, aunque algo en mi interior me dice que no, que una conexión tan perfecta solo se logra una vez en la vida y esta tiene que ser esa vez. O quizá me equivoque, no sé qué pensar, tengo tanto miedo como él, pero a la vez me atrae tanto que me dejaría desnudar aquí mismo, me da igual quién pueda vernos.

Me contengo, se contiene...

—Volvamos a la nave —me dice—, no quiero que te expulsen por mi culpa —aclara, y yo asiento con una media sonrisa.

No voy a poder hacer nada más esta mañana, estoy segura.

CAPÍTULO 24

Gabriel

Se puede estar a punto de explotar de deseo, he podido comprobarlo hoy mismo. Se podría decir que mi polla arde en llamas y sería la afirmación más burda que se me ocurre en este momento, pero es la jodida verdad.

La tengo aquí mismo, en el coche, y ansío girar la llave en el contacto, hacer rugir el motor y alejarme a un lugar donde pueda desnudarla y descubrir el enigma que oculta, porque estoy seguro de que ella en sí misma es una especie de código a descifrar.

Está preciosa, con las mejillas arreboladas y los labios algo hinchados, como si mi beso de antes todavía perdurara en ella.

—¿Qué hacemos? —pregunto debatiéndome entre hacer lo correcto y lo que mi ser me pide en ese momento.

—Debemos volver, es importante que lo hagamos, ya sabes que aquí hay que cumplir un horario, y Zacarías...

—Lo sé, lo sé, preciosa —la corto con un susurro y acaricio su rostro—. Si pudiera, te haría el amor aquí mismo, ahora, sin que me importara Zacarías y toda esa gente de ahí dentro. No te imaginas cuánto te necesito en este momento, es algo increíble que jamás me ha ocurrido, pero es real.

Ella me da un beso dulce, es parca en palabras cuando se trata de exteriorizar sus sentimientos, mas su lenguaje corporal me dice que siente lo mismo, que se muere de ganas de dejarse llevar y fundirse conmigo.

Unos golpes en la luna nos sacan de nuestro emotivo momento.

—¡¡Corred, entrad en la nave, Zacarías está pasando lista!! Da miedo de lo enfadado que parece. —Es Abraham con el rostro descompuesto, el tipo tiene muchos ingredientes para caerme mal, pero por alguna razón que desconozco, me parece un tío legal y acaba de demostrarlo.

Entramos los tres en la nave y nos mezclamos con los demás con cuidado de no ser sorprendidos por nuestro furioso profesor.

—Aguilar, Gabriel —dice en un tono que denota repetición, y es que es así, la adrenalina no me dejó enterarme de que ya había pronunciado mi nombre al menos dos veces, inconvenientes de tener el apellido con la primera letra del abecedario.

—Estoy aquí —digo recuperando el resuello.

Zacarías me dedica una mirada recelosa y escribe algo en el documento, parece más largo que una cruz en una casilla de verificación. Luego sigue nombrando a los demás, Abraham y Yael tienen suerte, son casi los últimos en escuchar sus nombres.

Cuando el profesor acaba de pasar lista, nos pide que esperemos, tiene que hablar con nosotros y me temo lo peor.

—Como todos sabéis, tenéis que fichar a la entrada y salida del curso, dichas fichas son esenciales para poder justificar vuestra asistencia, también debéis firmar en las hojas que tenéis en la mesa que hay junto a la máquina. Hasta ahí todo bien, si no fuera por lo que veo que está pasando ante mis narices y que no os cortáis en hacer día a día.

»El tiempo para el almuerzo es de media hora, solo media hora. Esta es una formación ocupacional y, como tal, hay que cumplir un horario, además de ser responsable de estar cada uno en su cabina a las once de la mañana, por lo tanto, hay que salir de aquí a las diez y media, no a las diez como estáis haciendo muchos. Y, asimismo, hay que volver media hora después, no con una hora de retraso, porque sí, de media hora pasáis a hora y media, por no hablar del mamoneo, el salseo y la cantidad de veces que tengo que sacar gente sobrante en las cabinas.

Zacarías nos dirige una mirada directa a los tres, que intentamos hacer en todo momento como si la cosa no fuera con nosotros, cuando somos los menos formales de toda la escuela.

—Dicho esto, ya podéis volver cada uno a lo vuestro, espero que no tenga que repetir el sermón. ¿Oído? —todos respondemos un «sí» a la vez—, ¿entendido? —procedemos de igual forma—. Está bien, espero no tener que volver a recordarlo...

El grupo se dispersa y los tres nos encaminamos en silencio cada uno a nuestra cabina. Antes de meterme en la mía noto un roce suave en la mano, es ella.

—Vaya, parece que hoy no nos dejarán escaparnos —me dice con fastidio.

Cierro los ojos, nada me apetece más en este momento que coger su mano y salir de la nave sin mirar atrás.

CAPÍTULO 25

Yael

El sermón de Zacarías no apaga mis ganas de quedarme a solas con Gabriel, es más, dicen que prohibir incita al deseo, y es verdad, ahora mismo tengo ganas de pasarme las normas de mi férreo profesor por el forro. Y digo férreo mintiendo como una bellaca, porque el pobre aguanta carros y carretas con nosotros, que nos la pasamos transgrediendo las reglas cada vez que nos da el puntazo. Sin embargo, sé a ciencia cierta que él nos tiene mucho aprecio y valora el buen trabajo que estamos haciendo, porque somos buenos, muy buenos, y tenemos muchas papeletas para homologarnos los primeros. Hablo de Abraham, Tito, Sergio y yo, Gabriel acaba de aterrizar por estos lares, pero sus años de experiencia le han hecho subir muchos escalones, así que no me extrañaría nada que nos homologuemos en fechas cercanas.

Intento concentrarme, soldar como es debido, pero no puedo. Se me pega el electrodo todo el rato y en una de esas, al arrancarlo con más fuerza de lo normal, sale disparado y se me pega en el cuello. Os podéis imaginar cómo quema, aunque esperes a que ya no esté al rojo vivo para despegarlo. Suelto un pequeño aullido de dolor.

Gabriel asoma la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Esto no puede ser bueno... —digo con la quemadura abrasándome el cuello—, voy a acabar quemándome a lo bonzo, o ardiendo yo misma por autocombustión, si no lo hago antes por miles de electrodos pegados a mi piel.

Gabriel se acerca a mí y me abraza.

—Tranquila, pequeña, eso no va a pasar, eres demasiado buena, es solo... —deja de hablar y me besa en los labios con ternura.

—¿Es solo qué? —pregunto haciendo pucheros.

—Que yo tampoco puedo concentrarme, Yael. No me veo capaz de aguantar hasta las dos de la tarde tocando electrodos, cuando en realidad lo que me apetece es tocarte a ti, y prenderte, prenderte y no dejar que te apagues nunca en mis brazos.

Esas palabras hacen que mis ojos se abran cual soles esplendorosos una mañana de verano, ardientes.

—Pues vámonos —digo emulando a Patrick Swayze en una de mis películas favoritas, *Dirty Dancing*.

Me quito la careta, los guantes, el gorro y las gafas de seguridad, y le ofrezco mi mano. Él hace lo mismo, volviendo un instante a su cabina. Regresa un segundo después, la toma y tira de mí.

Zacarías nos ve pasar y niega con la cabeza, aunque en realidad sonríe, sonríe al recordar que un día él también fue joven y estuvo enamorado.

CAPÍTULO 26

Gabriel

Y corremos hacia mi coche..., nos metemos en este con la convicción de lo que va a pasar inevitablemente. Tengo ganas de ella y eso no se puede obviar, así que la beso antes de girar la llave en el contacto.

—¿Estás segura?, porque si damos el paso, quizá nos arrepintamos toda nuestra vida —digo en un momento de cobardía.

—Si no lo hacemos, nunca lo sabremos. ¿O nos vamos a quedar con las ganas por miedo a decepcionarnos mutuamente? Quiero hacerlo —dice con firmeza y un poco de mosqueo, todo hay que decirlo.

Arranco y me alejo dejando la nave a nuestra espalda, busco un lugar donde poder estar a solas y lo encuentro como por obra de un milagro. En medio de un camino sin fin, una especie de hueco que nos ofrece la intimidad que necesitamos.

Detengo el coche y paro el contacto. Suspiro y le dirijo una mirada, ella también me está mirando a mí y por primera vez siento que estoy a punto de caer por un precipicio. Hago correr el asiento hacia atrás y la atraigo hacia mi cuerpo para que se suba sobre mí a horcajadas, lo hace y me besa con desenfado y pasión.

Nos miramos y se nos escapa la risa por la situación. Somos personas cercanas a la treintena intentando follar en un coche, y los dos tenemos apartamento donde hacerlo sin la incomodidad del cambio de marchas, por ejemplo.

Deslizo su camiseta de camuflaje hacia arriba y ella sube los brazos para que se la quite, la libero del sujetador con maestría y ella se siente por un momento vulnerable y yo lo noto.

—Eres preciosa, me encantas —le digo para infundirle seguridad.

Me quita la camiseta también y nos abrazamos mientras nos besamos, sintiendo el calor de nuestra piel fundirse.

La deseo, la deseo muchísimo y no puedo esperar a poseerla, así que me desabrocho el cinturón y ella, consciente de lo que quiero, me ayuda a descubrir mi miembro, que está expectante y erguido como nunca. Yael sonríe y se incorpora para quitarse el pantalón y el tanga, que también es de camuflaje, esta mujer me va a matar, no sabe cómo me pone ese estampado sobre su piel.

Recuerdo que necesito un condón y me maldigo por no haber sido previsor. Alargo la mano

e intento localizar mi bandolera, que está en el suelo del coche, en el asiento del copiloto.

Ella me facilita la tarea, sabe qué busco y en cuanto ve el pequeño envoltorio rojo, me lo quita y lo rasga, para luego ponérmelo con destreza.

Nos volvemos a besar para calentar de nuevo el ambiente, los preservativos son un cortarrollos muy efectivo, aunque con ella no hace falta mucho para que vuelva a prender mi llama, que está a punto de propagarse por el habitáculo del coche hasta consumirlo enterito.

Y entro en ella, porque ella es la que introduce esa parte de mí tan sensible en sí misma. La tengo encima y en el coche casi no puedo moverme, pero Yael se contonea como la diosa que es mientras se desliza una y otra vez haciendo que mi polla tenga que hacer un esfuerzo soberano por controlarse, para no dejarse ir ya y terminar con la dulce tortura a la que estoy siendo sometido por la mujer de mis sueños.

Mordisqueo sus pezones, juego con ellos con la lengua y siento que me pierdo, porque el placer es demasiado arrollador, un huracán tendría menos fuerza que mi cuerpo ahora mismo.

Yael gime y yo quiero moverme, cambiar de postura, mas no puedo, estoy esclavizado por la ausencia de espacio. Así que dejo que ella siga llevando la iniciativa, hasta que estoy a punto de estallar, no puedo, no puedo aguantar más. Ella cierra los ojos y sé que está ocurriendo, el orgasmo embarga su ser mientras me abandono al mío propio.

CAPÍTULO 27

Yael

La vida se compone de pequeños momentos, y hoy guardé uno en mi memoria para siempre. Para mí no ha sido un simple polvo de urgencia en un coche en medio de la nada, por el contrario, ha sido muy especial.

Hemos acabado jadeantes, pecho contra pecho, él acariciando mi pelo.

—Qué pasada —lo he escuchado susurrar.

Y no hay palabras mejores para definirlo, ha sido una verdadera pasada. Me pregunto cómo hubiera pensado de nuestra primera vez de ser en una cama, con todas las comodidades de un hogar.

Volver a la nave ha sido mucho más complicado. Entramos los dos por separado, mi pelo revuelto, su cara enrojecida y la frente perlada de sudor, menudo cuadro representábamos.

Aunque suene raro, Zacarías, quien nos ha visto entrar, no ha dicho nada, ni siquiera nos ha dedicado una sonrisa pillá, no así el resto, que de nuevo sonreían y se daban codazos.

Pero yo me sentía tan plena, tan emocionada que no me importaba nada que me miraran como si fuera algo así como la zorra de turno. El mundo todavía es machista, aunque en 2009 ya tendría que haber evolucionado lo suficiente como para que el encuentro entre un hombre y una mujer no sea motivo de suspicacias.

Y ahora estoy ante la negra cortina que separa mi cabina del resto del mundo, la cruzo, y minutos después hago el cordón más impresionante de toda mi vida. Me llevo la mano enguantada al pecho. Mi corazón late, late muy fuerte.

A las dos de la tarde, un lunes de abril, salimos todos de la nave cual hormigas que regresan a su hormiguero. Entramos cada uno en nuestro coche y arrancamos. El de Gabriel está junto al mío, le lanzo un beso que él atrapa simbólicamente. ¿Se puede ser más ñoño?, estoy segura de que sí, y lo comprobaré, estoy más segura aún.

Conduzco con la música a toda castaña, *Enjoy the silence*, de Depeche Mode, la versión de Linkin Park, llena el habitáculo de mi Volvo. Me encanta ese tema y para este momento me parece ideal. Pues mis endorfinas están a tope.

Soy consciente de que el coche de Gabriel está detrás del mío y sonrío. ¿Me está siguiendo?

Permanecemos a corta distancia hasta llegar a La Canonja, me sigue todavía; dios, me da que quiere otro asalto, hasta que me doy cuenta, cuando voy a entrar en el *parking*, que él entra también, ¡está loco!

Aparco el coche y veo que me imita unas plazas más allá.

Salgo como alma que lleva al diablo y me aproximo hacia él con la careta de soldar y los guantes en la mano.

—Pero ¿qué haces?, como te vea algún vecino te va a caer una buena —le digo entre risas.

—Justo eso te iba a decir. ¿Cómo sabes dónde vivo?, ¿y por qué tienes el mando del *parking*?, eso es lo que pensé hasta que deduje que... ¿Vivimos en el mismo edificio?

CAPÍTULO 28

Gabriel

A sí que vivimos en el mismo edificio, no me lo puedo creer. Es uno de esos momentos en los que pienso que el universo ha puesto a mis pies cierta situación, ¿cómo, de todos los lugares, pueblos, barrios, ciudades de la provincia, he acabado viviendo precisamente en el mismo lugar que Yael?, hasta en el portal donde ella vive. Increíble es poco.

En el ascensor nos besamos de nuevo, esta noticia hace que sigamos con lo que hemos empezado en el coche. La máquina para en el segundo y salimos sin separarnos, ella camina hacia atrás y saca del bolsillo de su pantalón las llaves de su casa. Atina a duras penas, pero lo hace. Cuando entro, veo que en el suelo hay ropa manchada de algo marrón.

Ella, al ver lo que miro divertido, se separa de mí abruptamente y se dispone a recogerlo todo.

—Perdona, un gilipollas me tiró el batido encima esta mañana cuando salía de casa... — para de hablar de pronto, en cuanto ve que me estoy doblando de la risa—. No me lo digas, el gilipollas eras tú.

—Sí, lo era, pero en mi defensa diré que llegaba tarde yo también —suelto entre risas.

—Ah, ¿sí?, pues te advierto que ahora vas a tener que compensarme por tu mal proceder — dice agarrándose por la pechera de la camiseta.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —interrogo con la entrepierna a punto de estallar de nuevo.

—Siendo mi esclavo sexual y llevándome a las estrellas, ¿crees que podrás hacerlo? — inquires con picardía mientras tira de mi camiseta y me lleva a su habitación, muy parecida a la mía, incluso la decoración es bastante similar.

Nos abandonamos al deseo esta vez en una cama, probamos todas las posturas habidas y por haber, nos sentimos creativos. Nuestros cuerpos reaccionan con la fuerza de un ciclón y el vigor de un incendio, no se rinden en ningún momento; incluso cuando ella cae sobre mí, jadeante, las brasas de su piel siguen calentándome el alma.

Abro los ojos y me doy cuenta de que ya ha oscurecido. Yael duerme a mi lado, lo sé porque puedo aspirar su olor, aunque la habitación esté en penumbra. Hemos pasado horas durmiendo después de hacer el amor muchas, muchas veces. La bestia dormida que había en mí se ha despertado de malos modos y ahora no podrá alejarse de su diosa.

Enciendo la lamparita de la mesa de noche y la observo. Está bocabajo, con el rostro ladeado hacia mí. La sábana la cubre hasta la cintura y su espalda morena me incita a besarla, y lo hago sin perder tiempo.

Ella ronronea, pero sigue durmiendo.

Escucho mi móvil sonar en el comedor y me levanto de la cama para ir a atender la fastidiosa llamada. El cuerpo se me tensa cuando veo de quién es: Vero.

Llevo días ignorando sus mensajes de disculpa. No puede echarme de casa y seguidamente suplicarme perdón como si nada hubiera ocurrido. Le pedí unos días, tan solo unos días para buscar piso, si bien yo estaba muy acomodado. Dormía en otra habitación y teníamos un contacto cordial, pero estaba en mi casa, con mis pertenencias. Me ha costado veintinueve años darme cuenta de que no tienen tanto valor, quizá conocer a la mujer que descansa en la habitación de al lado ha cambiado mi percepción de las cosas.

Apago el móvil y vuelvo a la cama, Verónica no va a perturbar mi vida, ahora que estoy seguro de lo que quiero hacer con ella.

CAPÍTULO 29

Yael

Un olor a quemado llega a mis fosas nasales y me incorporo extrañada. Escucho ruido de cacharros en la cocina y me levanto de la cama. Me pongo una camiseta vieja y me dirijo a la cocina. Allí está Gabriel, duchado y con un chándal. ¿Cómo ha hecho para ir a su casa y volver a entrar aquí?

—Buenas noches, dormilona. Te cogí las llaves y fui a mi casa un momento, necesitaba ducharme y cambiarme de ropa —dice algo nervioso.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes —respondo quitándole importancia—. ¿Qué haces? —inquiero aproximándome a él, abrazándolo desde atrás y dándole un beso cuando él gira el rostro hacia mí.

—Estoy haciendo una tortilla de patatas para la cena —suelta con orgullo

Tuerzo el gesto, si eso es una tortilla de patatas, yo soy una monja de clausura.

Cojo aire y, sin ánimo de ofenderlo, tiro de su mano y le digo que me deje a mí, Gabriel ha metido las patatas crudas con el huevo en la sartén, así que tengo que tirar la pifia a la basura.

Él se sienta con las mejillas enrojecidas, algo avergonzado.

—Como ves, la cocina no es lo mío. Quería lucirme, dármelas de cocinitas frente a ti, prepararte la cena y esas cosas, pero soy un jodido desastre —dice divertido y a mí me parece adorable, aunque mal cocinero.

Preparo una tortilla enorme y con una pinta que ni el mejor chef, no es por dármelas de nada, pero la cocina se me da bien, a decir verdad, se me da muy bien... Aunque sea algo perezosa para hacer cosas buenas. Cuando estaba con Germán era una obligación, nunca, nunca podía librarme de hacer la comida, aunque estuviera con cuarenta de fiebre.

Destierro esos pensamientos no deseados de mi mente y vuelvo al presente, un lugar donde Gabriel ha puesto la mesa para dos y una hermosa tortilla española la preside.

Cuando él prueba el primer bocado, su cara de satisfacción me lo dice todo.

—Madre mía... Te juro que estoy a punto de llorar de gusto, primero me llevas al cielo y luego me lo entregas en un plato para que me lo coma. ¿Tienes más sorpresas para mí?, porque yo las quiero todas.

Sonrío. Gabriel está feliz y yo también, quizá podría vivir así el resto de mi vida. ¿Podría ser?

CAPÍTULO 30

Gabriel

Los días transcurren con una rapidez etérea y Yael y yo pasamos cada vez más tiempo juntos. En la escuela nos portamos bien, sabemos que la guerra está en la cama, en cualquiera de las dos que tenemos a nuestro abasto. El mes de abril toca a su fin y pienso en mi vida anterior con Vero como algo lejano, algo oscuro. Y no por ella, mi todavía mujer ante la ley era y es una buena persona, fui yo el culpable, el que se prendó de una desconocida la noche de su despedida de soltero y jamás pudo recuperarse del impacto que le causó conocerla.

¿Es muy loco sentir que me estoy enamorando como un adolescente de Yael? Puede ser que sí, Héctor me ha dicho que me ande con cuidado, que no le entregue todo mi ser al amor, porque este puede quitármelo sin pestañear.

Ayer tomamos unas cervezas y lo vi especialmente melancólico, él que siempre fue un jodido cascabel. Cuando le pregunté qué le ocurría, me dio largas.

Héctor es un hombre con mucha luz, pero también con una gran sombra, un lado oscuro que nadie conoce y que él se cuida muy bien de no mostrar.

Estoy en la escuela y la probeta me está saliendo a pedir de boca, hoy no ha venido Zacarías, dicen que no se encuentra bien, y otro profesor, un tal Blas, lo sustituye.

Al parecer, no se fían de dejar a Morales solo con todo el cotarro. Y eso que ha demostrado ser un buen profesor, aunque a veces sea como un niño y se acabe dejando liar por los alumnos para ir al bar a beber chupitos. Abraham es el puñetero diablo, no he conocido a ser más liante, bueno sí, mi fiel amigo Héctor, pero creo que este es aún peor.

Blas entra en mi cabina y me pregunta qué tal lo llevo, me corrige un par de tonterías y sigue su ronda. Un minuto después oigo una voz más fuerte de lo normal.

—¿Pero qué porquería es esta?, la soldadura está llena de poros, y has de mantener limpio el lugar de trabajo, anda y pasa la radial por todo este desastre.

—Lo he limpiado, como siempre he hecho, como me enseñó Zacarías —dice ella dolida, porque Yael es transparente como el agua más clara y se muestra tal cual se siente, aunque ni ella sea consciente de ello.

—¿Que lo has limpiado?, valiente limpieza has hecho, mira, mira esto. Tienes que ser más pulida, parece mentira que siendo mujer seas tan sucia...

Blas abandona la cabina de Yael y yo tengo ganas de enviarlo a tomar viento, pero primero

quiero ver cómo está ella, porque estoy seguro de que la estocada la ha dejado KO.

La encuentro llorando sin sollozo en el muro de fuera. Lleva las gafas de sol y Morales está con ella. Al quedarse sola, ha salido de la cabina como alma que lleva el diablo y no la he podido localizar hasta diez minutos más tarde.

Él apoya la mano en su rodilla y Yael niega con la cabeza una y otra vez, me acerco, necesito estar junto a ella en este momento tan delicado, ansío abrazarla, decirle que ese cabrón no es más que un machista, lo mismo que le transmite Morales.

—No le hagas caso, ya te lo he dicho. Lena, otra chica que estuvo en la escuela antes que tú, también lo padeció durante tiempo, porque entonces estaba aquí todos los días junto a Zacarías. No quiere alumnas, y por ello, les mina la moral.

—Yo no he dejado nunca una soldadura sucia, pretendo homologarme, trabajar como soldadora. Me ha humillado de la peor forma, nadie debería aguantar esta mierda, ¿o es que no tengo dos manos, un cerebro y unos ojos con los que seguir la gota? —pregunta bajando del muro.

Yael repara en mi presencia y acorta distancias para abandonarse en mis brazos. Veo al tal Blas observándonos y apuntando algo en una libreta, le dedico una mirada punzante y él sonrío antes de darse media vuelta y alejarse.

CAPÍTULO 31

Yael

¿Por qué algunos hombres sienten la necesidad de humillar a una mujer para ratificar su poder sobre ella? El tal Blas ha dejado un sabor agrio en mi boca, sabor que Gabriel ha disipado con sus besos dulces.

Lo he necesitado mucho, muchísimo. Pero mi primer instinto ha sido marcharme al lavabo, meterme allí y llorar como una niña. Desde el primer día en este lugar me dijeron que era buena, que lo mío era innato, que llegaría lejos. Siempre me animaron, me dieron aliento. Zacarías es un profesor fuera de serie, aunque intente vendernos gorros de gatitos y caretas a precio de oro. Supo decirme lo que hacía mal sin humillaciones, y alabar lo que se me daba bien sin caer en excesiva euforia. Sin embargo, este individuo es ácido e hiriente, pero solo con el género femenino. Menudo capullo.

Un día me dura el berrinche, porque suelo darle vueltas a todo, es fácil herirme, aunque no lo parezca.

Gabriel me dice que soy transparente y que puede ver en mi mirada y en mi ser todo lo que siento, sin necesidad de que tenga que utilizar palabras para ello, es más, no se me da bien la expresión oral, la verdad sea dicha, aunque hable a veces por los codos. Creo que Gabriel es el único que me ha dejado sin palabras en ocasiones, tanto, que él mismo llegó a pensar que yo era la típica mujer que apenas hablaba, qué equivocado estaba. Ahora se ríe de los monólogos que me marco en ocasiones.

No hace ni un mes que él empezó en la escuela, y parece que lo conozca de toda la vida, me ha encantado cuando ha venido a abrazarme, y lo que más me ha gustado es que no haya ido tras el profesor para defenderme como si yo fuera un perrito desvalido. Se ha mantenido en su lugar, a mi lado.

Me ha confesado que ganas no le han faltado de partirle la cara, y yo le he hecho ver que odio a los machos alfa y el desprendimiento innecesario de testosterona, así que no ha pasado a mayores.

Por la noche subo a su casa para dormir allí, nuestros apartamentos son tan parecidos que los confundo. Incluso son de la misma dueña, por ello su similitud, hasta en eso hemos sido víctimas de la casualidad.

El móvil de Gabriel vibra de vez en cuando durante la cena, él lo mira y lo vuelve a dejar abandonado. Su rostro se descompone, mas no le pregunto nada acerca del apedreo de mensajes

que está recibiendo. No soy la típica novia celosa que revisa el móvil de su amado en cuanto este se descuida, y no es porque no me cause curiosidad, sino porque no quiero encontrarme con algo que rompa la magia, así que prefiero permanecer en la inopia. Si alguien no me da motivos, ¿para qué voy a comerme la cabeza?, pero Gabriel me los está dando, está nervioso y sus besos son poco apasionados esta noche. Nos vamos a dormir y él se gira hacia el otro lado, lo abrazo yo, no espero que sea él quien lo haga, eso es para otro tipo de chicas, no me va hacerme la interesante y punto.

Es sábado por la mañana y Gabriel se levanta temprano para ir a correr, yo no tengo cuerpo para hacer lo mismo y decido bajar a mi apartamento, Yaiza ha dicho que iba a venir y vamos a comer juntas. Está algo mosqueada porque, según ella, la he abandonado por un pirata, cosas de mi hermana.

Así que dejo el piso de Gabriel a las nueve de la mañana con el tiempo justo de ducharme, vestirme y desayunar.

Yaiza le da vueltas a la cucharilla de su cortado y me mira con intriga.

—Y qué, ¿folla bien? —inquieta con esa finura que la caracteriza.

—Mira que eres bruta, eso es personal, hermanita —digo mientras esbozo una media sonrisa.

—Lo sabía, folla que te cagas, ¿a que sí?

—Yaiza, por dios, cállate, que se está enterando todo el mundo —apunto mientras miro a todas partes.

—Pero si todo el mundo folla, ¿qué hay de malo en ello? —suelta en un tono esta vez más alto.

—Yaiza...

No tiene remedio, ya lo dice mi madre: «esta se me quedará soltera, no habrá hombre en la Tierra que aguante a semejante desvergonzada».

Yo no estoy de acuerdo, porque Yaiza, aunque basta como un tanga de rafia, es una mujer como no hay otra igual: es buena, leal, divertida, traviesa, sentimental a su manera y muy, pero que muy llorona; sí, las dos padecemos del mal del lloro ante cualquier película que implique drama en sus fotogramas.

Cosas de mellizas.

La dejo en casa de mis padres a la hora de comer, aunque no subo, últimamente estoy un poco rara con ellos, no sé por qué, pero siento como si hubieran cambiado demasiado y yo fuera ahora una extraña en su casa, así que intento hacerme a un lado, para no sufrir, más que nada.

Cuando me dispongo a marcharme, mi madre me llama a gritos desde el balcón, las órdenes son claras: «sube ahora mismo». Así que no me puedo escapar.

Como con mi familia y aguanto el sermón de siempre. Una mujer no hace cursos de soldadura, los hace de corte y confección o macramé. ¿Qué hago yo entre tantos hombres?, me van a tomar por un marimacho, esas palabras me hieren, son de otra época, de otro siglo incluso.

Decido no discutir, así que aguanto el tirón y me marcho a la primera oportunidad.

Por la noche voy a cenar con Gabriel a un restaurante precioso donde sirven carne de búfalo, buenísima. Durante la cena, nuestra conversación es muy distendida y divertida, con algunos toques de picante que nos hacen querer regresar a cualquiera de los dos apartamentos de inmediato.

Me subo al coche y poso mi mano en su pierna mientras él conduce. No, no lo distraigo con tocamientos eróticos, tampoco quiero que nos demos una leche y que me acaben poniendo una cortina en la cara.

De pronto, oigo un coche pitar detrás del de Gabriel, que de inmediato se pone a nuestra altura, en el interior hay varias chicas que parecen estar de fiesta.

Oigo que dicen su nombre henchidas de algarabía, hasta que la expresión de la que va en el asiento del copiloto cambia de golpe. La reconozco, es la chica de las fotos, la mujer de Gabriel.

Le dice algo a la conductora, y esta acelera para adelantarnos y perderse en la noche.

CAPÍTULO 32

Gabriel

El corazón casi se me detiene cuando veo a Verónica mirarme con esa expresión de dolor en el rostro. No quería esto, no lo quería. Me siento como un niño que ha hecho una travesura y tengo la necesidad de justificarme ante mi mujer por papeles. Necesito estar solo, mis ganas de volver al apartamento y hacerle el amor a Yael se han encogido, han menguado hasta desaparecer en la oscuridad de la noche, al igual que lo ha hecho el coche rojo que nos ha adelantado hasta perderse.

Mi móvil vibra, señal de que Vero está quemándolo a mensajes. Me disculpo con Yael cuando estamos delante de su puerta. Le digo que nos veremos al día siguiente y ella contiene las lágrimas, noto la congoja en su interior. No es tonta, no me ha preguntado nada, pero estoy seguro de que, a estas alturas, sabe quién es Vero. Y es que yo no he borrado ninguna foto de nuestra vida en común de las redes sociales; es mi vida, ¿por qué voy a hacerla desaparecer por haber conocido a otra persona?

La beso para intentar infundirle confianza y le digo que necesito estar solo, que al día siguiente le regalaré la luna y podrá elegir el envoltorio. Ella intenta sonreír, pero no le sale y me siento un cabrón por herirla de este modo. Necesito hablar con Vero, aclarar las cosas. Decirle que ya no es tiempo lo que necesito, sino toda la eternidad porque me he enamorado de otra mujer. Le haré daño, lo sé, pero más le haré de seguir con la patraña del paréntesis.

Yael cierra la puerta y yo me apresuro a subir a mi casa. Me refugio en la oscuridad de mi apartamento para comprobar la decena de mensajes que he recibido de Verónica. Reproches y más reproches, insultos y un último mensaje perturbador:

Te he amado como nadie te amará jamás, jamás, grábatelo en la mente, al menos tendré la satisfacción de haber conocido el amor en esta vida.

Espero encontrar al otro lado consuelo para mi amor perdido. Adiós, Gabriel.

Estoy asustado, muy asustado, y, sin perder tiempo, salgo de casa a la carrera.

Por primera vez en mi vida estoy tan aterrado que no sé ni qué pensar de mí mismo. ¿Tendría que haber seguido con Vero?, ¿amarla como ella se merecía?, puede ser que sí...

Al arribar a mi antiguo domicilio derribo el timbre, pero el silencio es sepulcral y nadie abre. Introduzco la llave que todavía conservo y la cerradura se deja abrir. Llamo a voces a Vero sin respuesta. Escucho un grifo expulsar agua con fuerza y el pasillo está anegándose. En el lavabo la encuentro, metida en la bañera, con las muñecas sangrantes.

Corro hacia ella e intento contener la hemorragia con trozos del picardías negro que le regalé por San Valentín, llamo a emergencias. Estoy asustado, muy asustado, temo por la vida de mi mujer. Mi mujer. Dios, ¿quién me mandaría a mí salirme del redil como lo he hecho?

CAPÍTULO 33

Yael

Siempre me encantó la soledad, aunque ahora mismo me parece desagradable, desabrida. Cuando Gabriel se marchó, supe que algo se había roto entre nosotros, no sé bien el qué, pero no soy tonta, su mujer tenía una expresión de dolor y despecho que me tocó el alma hasta a mí.

He sido estúpida al pensar que había dejado de quererla de un momento a otro. Solo le ha faltado verla para correr a su lado, y digo correr a su lado porque lo ha hecho, cinco minutos ha permanecido en su apartamento antes de volver a salir.

Debería confiar en él, me ha dicho que mañana estaría bien y que volvería a mi lado, si bien, algo me dice que no será así, porque son las seis de la mañana y todavía no ha vuelto, lo sé porque no he escuchado su puerta, ni el ruido de la cisterna del váter que siempre se escucha, en este edificio se oye todo, los muros parecen de papel.

No he podido pegar ojo y tengo miedo, tengo miedo de perder el amor después de haberlo hallado por fin, porque sí, lo que tenía con Germán no era amor, quizá en el inicio de nuestra relación, cuando éramos dos críos, entonces, puede ser que lo pensara mientras íbamos en la moto, yo aferrada a él cual koala. Esa época en la que veía por sus ojos y pensaba que quería pasar toda la vida junto a ese chico que me hizo pensar que yo era válida, que mis complejos eran infundados. Pero el tiempo me enseñó que esa confianza tenía un billete de vuelta y un camino trazado, camino del que no te podías salir, y si lo hacías, se transformaba en humillación, en destrozarte la autoestima, en coartar tu libertad, libertad...

Con Gabriel es distinto, me siento en casa. En sus brazos he encontrado el calor del hogar, ese calor que todos necesitamos, aunque nos neguemos en ocasiones a admitirlo.

Me meto en la bañera a las siete de la mañana. Me visto con un pantalón vaquero que no me gusta mucho y una camiseta algo desangelada. El pelo me lo recojo en un moño. Otras mujeres tienen la facultad de ser glamurosas con un moño despeinado, en mi caso, parece que vengo de comprar droga. Aunque he de reconocer que los moños que me pongo para fregar la casa son lo más. En fin, tengo que hacerme el moño con la mentalidad puesta en la fregona, no en salir a la calle, que es lo que hago montada en mi coche, necesito conducir para aplacar la pena que me corroe el interior, ese mal presentimiento que me atenaza desde anoche.

Y me dirijo a Tarragona para recorrer la costa, lo solía hacer mucho cuando estaba con Germán y necesitaba evadirme del tedio y la toxicidad que emanaba él. En el coche suena una

canción de La Fuga, concretamente *Abril*. Aparece en mi CD del coche, ese que tiene temas de todo tipo, y no puedo sentirme más desgraciada en este momento porque es veinticinco de abril, domingo por la mañana y yo solo quiero tener los labios de Gabriel pegados a los míos.

Me detengo en el faro y me apoyo en el volante para dar rienda suelta a mis ganas de llorar, mientras Rulo, el vocalista de La Fuga, repite una y otra vez «maldito abril», y sí, abril me trajo la primavera de la piel del amor y me la quita con su ocaso, no te vayas, primavera, quédate conmigo hasta el final.

CAPÍTULO 34

Gabriel

Son las ocho de la mañana y Vero abre los ojos enrojecidos por lo que lloró cuando se despertó hace unas horas. La tuvieron que sedar para que se tranquilizase.

Ahora parece calmada y me dedica una sonrisa cargada de vergüenza.

—No tienes que estar aquí —suelta—, puedes irte con esa chica. ¿Cómo se llamaba?, ¿Yael? —escupe las palabras con un regusto viperino.

—Estoy aquí porque quiero hacerlo —digo con sinceridad, me siento tan culpable que no sé cómo arreglar este desaguado.

Verónica intentó cortarse las venas y casi consigue su objetivo, quitarse la vida. Mi instinto frente al último mensaje que me envió hizo que acudiera a su lado, de no haber sido así, ella ahora mismo estaría muerta... Muerta por mi culpa.

Desde la noche en que conocí a Yael cambié muchísimo con ella y no me lo perdono, es injusto, así que aguanto su acidez con toda la dignidad que puedo, me lo merezco por sinvergüenza, por golfo y por andar detrás de las faldas de otra mujer que no es la que toca.

«¿Cómo que no toca?, si tú la amas, pringado, la amas más que a tu propia vida», me dice la voz de la conciencia, pero yo me niego a darle la razón, aunque la tenga y ahora mismo miles de puñales se claven en mi corazón por lo que voy a hacer.

Vero gira el rostro hacia la ventana.

—Me podrías haber dicho que ese paréntesis que necesitabas incluía enrollarse con otras personas, hubiera actuado de igual modo —reprocha con sequedad.

—Vero, por favor. Lo siento, lo siento mucho... —digo con la culpa poniéndome una soga imaginaria.

—¿La quieres? —interroga con una firmeza demasiado evidente, tanto que me pregunto si en verdad esta mujer ha estado sedada hasta hace pocos minutos.

—No, no la quiero —miento, miento como un bellaco, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

¿Le digo la verdad?, ¿que separarme de Yael me desgarraría el alma?, ¿que el escaso tiempo que hemos pasado juntos ha sido el más intenso y hermoso de toda mi vida? ¿Que la amo con todo mi ser?

Quizá no haya mentido al decirle que no la quiero, porque puede que sea verdad, no es querer lo que siento, querer es igual a ansiar, yo la amo, amar es más intenso que querer, amar son palabras mayores, es sentir a esa persona como parte de tu ser, y así siento yo a Yael.

Los padres de Vero entran en la habitación con la preocupación pintada en el rostro.

Su padre me dirige una mirada cargada de inquina, jamás le gusté. Tras saludar y darle las atenciones paternas a su hija, me pide que lo acompañe con la excusa de tomar un café, yo sé lo que pretende con ese inocente gesto.

Me lleva a la cafetería y allí nos sentamos uno frente al otro.

—¿Y ahora me vas a decir qué demonios le has hecho a mi hija para que se haya cortado las venas? —inquire dándole vueltas con la cucharilla a su café solo.

—¿Por qué piensas que tengo algo que ver, Miguel? —pregunto con la culpa susurrándome que sí, que todo ha sido obra y gracia de mi persona y sus tropelías.

—Porque un padre sabe cuando su hija es infeliz, y la mía lleva mucho tiempo penando por tu desatención. Y mira que le advertí que no se casara contigo, que jamás podrías darle lo que ella necesita...

—No voy a dejar que me humilles, yo no tengo la culpa **de** que decidiera ponerle fin a su vida, es más, me parece totalmente egoísta lo que hizo, ¿cómo osa intentarlo siquiera?, ¿nunca pensó en cómo se sentirían sus seres queridos? —inquiero con cierto deje de rabia en la voz, de alguna manera dejo fluir mis verdaderos sentimientos, porque sí, además de la culpa, la rabia apedrea mi mente.

Rabia por tener que estar aquí cuando quiero correr a los brazos de mi amada, rabia por aguantar que este tipo me haga de menos cada vez que le viene en gana, rabia por haber dejado de amar, si es que alguna vez lo hice, a mi esposa, rabia por ser cómo soy, un loco enamorado de una mujer que no es la mía.

CAPÍTULO 35

Yael

Es lunes por la mañana. Sin noticias de Gabriel. Si ha vuelto o no a su casa, no lo sé, porque pasé el resto del domingo fuera, en casa de mis padres. He echado de menos mi apartamento, pero no quería volver a su soledad, al olor de Gabriel en la almohada, en el sofá, en todas partes.

Le escribí un mensaje ayer por la tarde y no ha contestado. Está claro que no quiere hacerlo. Incluso llegué a pensar que era culpa de mi móvil viejo, el que tenía antes del que perdí en Las Carpas de Comarruga. Apenas paso el mes, como para comprarme uno nuevo, así que pedí duplicado de la SIM y volví al móvil de pantalla verde y letras negras. Descarté la posibilidad de que fuera culpa del móvil cuando vi que los mensajes de Yaiza llegaban sin problema.

He pasado por mi apartamento muy temprano antes de ir al curso. A punto he estado de llamar a su puerta, pero no lo he hecho. Si no se ha puesto en contacto conmigo es porque no quiere hacerlo, ¿o no?, así que, alejándome de mi habitual modo de actuar, que sería ir a aporrear esa misma puerta hasta que abriera, me contengo. Me ducho, me pongo la ropa de soldar, agarro mi careta, los guantes largos y los cortos que uso cuando utilizo la radial, y me dispongo a ir al curso, pienso que él también hará lo mismo, acudirá, ya que le interesa, como a mí, homologarse.

Pero no lo hace, no viene. Y todo en la nave se vuelve gris y mortecino, hasta las bromas de Abraham me parecen fuera de lugar, y lo peor es cuando me pregunta: «¿qué le has hecho a tu capitán?». Me giro hacia él y he de hacer un esfuerzo soberano para contener las lágrimas.

La única que nota mi congoja es la camarera, que en cuanto me ve alejarme de mis compañeros y dirigirme al lavabo, me sale al paso.

—¿Qué te pasa? —pregunta sin entretenerse en relleno para disimular.

Me echo a llorar y la mujer me abraza.

—Ha desaparecido, no he sabido nada de él desde el sábado por la noche, ni siquiera ha venido hoy al curso —confieso entre lágrimas.

—No llores, niña. Quizá haya ocurrido algo importante, y en cuanto pueda, tendrás noticias tuyas —asegura para reconfortarme, pero sé que no es así, mi intuición me dice que no lo es.

—No creo, todo esto ha ocurrido después de que viéramos a su mujer en un coche el sábado, y ella se sorprendiera para mal al vernos juntos —suelto de carrerilla.

—¿No me digas que está casado? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—No, es decir, técnicamente sí, pero lo habían dejado definitivamente...

—Ay, chiquilla, los hombres casados siempre dicen eso para llevarse al huerto a la ingenua de turno. Deja de llorar por ese tío, has de pensar que, si en verdad te quisiera, estaría aquí almorzando contigo y tus compañeros, ¿no lo crees?

Las palabras de la camarera me clavan una daga en el corazón. ¿Y si fuera cierto?, ¿y si Gabriel al ver a su mujer ha sentido que a la que en verdad ama es a ella?

Estoy triste, muy triste, y salgo del bar a fumarme un cigarro.

Me acerco caminando despacito a la nave, no me he despedido ni siquiera de mis compañeros. Zacarías, que ya ha vuelto de sus días de baja por un gripazo de aúpa, me llama en cuanto me ve pasar por delante de él.

Al ver mis ojos llorosos no pregunta, tan solo dice:

—El amor es el ser más hermoso que ha creado el hombre, pero también el más mezquino, así que alza el mentón, ve a tu cabina y haz uno de esos cordones épicos que tú sabes hacer. Lloro lo que necesites, llorar no es de cobardes, sino de valientes con corazón.

—Entonces, ¿en qué quedamos?, ¿lloro o hago el cordón?

—Haz el cordón mientras lloras, puedes hacer las dos cosas a la vez, eres una mujer, ¿cierto?, y las mujeres sois especialistas en hacer muchas cosas al mismo tiempo, al menos la mía sí lo es...

Zacarías me arranca una sonrisa. Sus palabras son una extraña forma de consolar a una mujer herida, pero han resultado efectivas, al menos un poco.

—Gracias... —le digo de corazón.

—¿Gracias por qué?

—Por ser el mejor profesor del mundo —me acerco y le doy un beso en la mejilla, él ríe algo avergonzado.

Y vuelvo a la cabina preguntándome si lo que tengo que hacer es eso, recomponerme y seguir adelante... Seguro que sí.

CAPÍTULO 36

Gabriel

Vero pasa unos días en el hospital y yo no me muevo de su lado. Me vuelvo el abnegado marido que debería haber sido desde un principio, aunque mi alma diga a gritos que salga del hospital y busque a mi diosa. Que yo no tengo la culpa de que mi mujer decidiera quitarse la vida al no conseguir que regresara con ella.

Creo que comienzo a odiarla, que todo fue un plan trazado con frialdad por ella. Sabía que ese mensaje me haría acudir a su lado, que me cagaría en los pantalones. Se me desgarró el alma, soy como un animal enjaulado que ansía la libertad, una libertad sin barrotes de acero, pero sí rejas fabricadas con culpa.

Héctor entra en la habitación, como ha hecho cada día desde que ingresaron a Vero y yo le informé de lo ocurrido. Está tan raro, incluso me atrevería a decir que está enfadado conmigo.

Hoy ha venido con un olor a *whisky* que tira para atrás, el traje que utiliza para su nuevo trabajo como comercial, sucio, y la corbata con el nudo medio deshecho.

—Vamos a la cafetería —le digo al ver su lamentable aspecto.

Una vez delante de dos cafés muy cargados, le pregunto qué le ocurre.

—¿Que qué me ocurre?, nada, a mí nada, ¿qué iba a ocurrirme? —dice con una sonrisa fingida, conozco a mi amigo lo suficiente como para detectar eso.

—Te veo muy desmejorado, cada día más. No puedes seguir así, compañero —apunto palmeándole un hombro.

—Yo estoy bien... ¿Y tú?, esa es la pregunta correcta, ¿cómo estás tú?, ¿cómo llevas la situación?

—Mal, no te engañaré. No quiero estar aquí, estoy cansado de hacer el papel de marido perfecto. Yo no soy el culpable de que Vero intentara quitarse la vida, y puede que suene egoísta, pero es lo que siento, y sé que a ti te lo puedo decir. Me ahogo... Me muero sin Yael.

Mi amigo me dedica una expresión de estar sorbiendo limones. Se levanta, retrocede unos pasos y, sorprendiéndome para mal, le da una patada a la mesa, que impacta con fuerza en mi pecho.

Me caigo de la silla llevándome la mano al torso, mientras intento recuperar el resuello.

—¿Pero qué demonios te pasa?, ¿te has vuelto loco? —inquiero sin poder entender qué le ha

dado a Héctor para agredirme de ese modo.

—¿Que qué me pasa?, yo te lo diré. Llevo mucho tiempo callando lo que me quema el alma, demasiado. Tienes a la mejor mujer que hay sobre la Tierra a tus pies, y jamás has sabido valorar su amor. ¿Y ahora me dices que estás cansado de hacer un papel?, intenté impedir que te liaras con esa zorra soldadora, lo intenté desde el día en que la conociste, esa maldita noche en la que te quedaste alelado para siempre. Te diste cuenta de que no amabas a Vero y callaste, hiciste el papel tanto tiempo, que no entiendo qué problema tienes ahora con hacerlo de nuevo. Aquí lo importante no eres tú, grábatelo en la mente, es esa mujer que bebe por ti hasta las tormentas y tú la desprecias por una puta que probablemente se ha acostado con media escuela.

No puedo escuchar más, estoy atónito, así que me levanto y me abalanzo sobre él. Nos enzarzamos en una pelea como hacía años no tenía con nadie. Minutos después, estamos en la calle, dos tipos de seguridad nos sacan a rastras del hospital de Santa Tecla y nos dejan en el frío suelo de La Rambla Vella de Tarragona.

Ambos nos miramos a los ojos y me levanto del suelo, extendiendo la mano para ayudar a mi amigo y él la toma sin atisbo de hostilidad.

Caminamos por la rambla, parecemos dos amigos que vuelven de una fiesta que se ha ido de las manos, y no los dos neandertales que acaban de darse de leches en un hospital.

—Hace muchos años que estoy enamorado de Verónica —empieza a decir Héctor, y no me pillas por sorpresa, lo intuía—. Yo os presenté, como bien sabes. Y lo hice porque siempre te he considerado como mi hermano, así que tenía la ilusión de enseñarte a la mujer con la que había decidido pasar el resto de mis días.

»Pero hice mal, me equivoqué al pensar que nuestra amistad, la de Vero y mía, era algo más que eso. Pensé erróneamente que lo tenía todo hecho, que solo tenía que pedirle que fuera mi novia. Pero al verte, se prendó de ti, enseguida me dijo lo mono que le habías parecido, incluso me dio las gracias por presentarle a su futuro marido.

»Te juro que esa noche lloré como un niño por haberla perdido, me sentí un verdadero idiota, mas todo fuera por verla feliz, por ello me hice a un lado y dejé que se uniera a ti sin hacer ni un mal puchero.

»Todo iba bien, hacías feliz a mi amada y yo lo era por ello, aunque no puedo negarte que lo pasé fatal cuando me enteré de que le habías pedido que se casara contigo. Ella me mostraba ese anillo con ilusión, anillo que me hubiera gustado ponerle a mí en el dedo. Y tragué de nuevo, me retiré a las sombras con mujeres pagadas a las que les pedía solo que me abrazaran, que me dejaran llamarlas Verónica, ni siquiera las penetraba, solo me dejaba querer. He sido incapaz de amar a otra mujer, por mucho que he intentado sacarme el clavo que me lacera el alma, no ha habido ninguno que me arranque el que dejó clavado ella.

»Y repito que todo iba bien y lo hubiera seguido yendo si no hubiera sido por esa tía, maldita sea, porque le ha robado la felicidad a la mujer que amo, y con ello se ha cargado la mía.

Cuando Héctor termina de hablar, no sé qué decirle. ¿Cómo ha sido capaz de guardar ese secreto durante tanto tiempo?, pensé que era solo un amor platónico, un imposible, pero es algo más. Me siento culpable de nuevo por no haber sabido verlo desde un principio, que los ojos se

le iluminaban cuando la veía sonreír y se le enturbiaban cuando ella entristecía.

Joder, joder, joder...

Me llevo las manos a las sienes y solo puedo hacer una cosa:

—Perdóname, amigo, nunca quise hacerte daño, soy un gusano egoísta —digo al punto de la lágrima.

—Sí, lo eres... Así que solo tienes dos opciones, subir ahí y darle todo el amor que se merece a Verónica o decirle la verdad y romperle el corazón, tú decides.

Tras su sentencia, Héctor se aleja con un caminar algo tambaleante. El ruido de la ciudad, las luces de los semáforos y los transeúntes se fusionan con él, aunque no pegue para nada con el paisaje de la mañana.

CAPÍTULO 37

Yael

Han pasado unos días desde que Gabriel desapareció de mi vida y todavía me duele demasiado. No consigo esbozar una sonrisa que disimule mi tristeza y mis amigos lo notan. Intentan animarme sin conseguir mucho, es como si ya no tuviera sentido el curso si no está él; patético, lo sé.

Una mañana, Abraham llega a la escuela con el semblante serio, a decir verdad, muy serio. Entra en mi cabina y niega con la cabeza antes de sentenciar:

—Deja de penar por un tío que no merece la pena.

Lo observo extrañada, en sus palabras hay algo más que el apoyo de un amigo.

—¿Por qué me dices eso?, ¿acaso sabes algo que yo no sepa? —inquiero con las cejas enarcadas.

Abraham se muerde el labio inferior y asiente con la cabeza.

—Gabriel ha vuelto con su mujer, incluso se ha mudado, ha aprovechado las mañanas que estás en el curso para hacerlo sin que te dieras cuenta —anuncia con pesar.

Y me rompo por dentro, por fuera, hasta mi alma se quiebra en el proceso, dejo de ser yo para convertirme en miles de fragmentos.

Me ahogo, me falta el aire y exploto en un llanto que me desgarrar el alma. Abraham me abraza.

—¿Y cómo sabes eso? —interrogo entre sollozos.

—Lo llamé y él mismo me lo dijo con una frialdad de la hostia. Te juro que me dieron ganas de insultarlo, de enviarlo a la mismísima mierda sin billete de vuelta, pero preferí colgarle el teléfono, era lo menos que se merecía.

—Tengo que irme —suelto tras zafarme del abrazo de mi amigo.

—¡¡¡Yael!!! —grita a mi espalda, pero yo ya estoy saliendo de la nave.

Un chico muy joven, que se ha unido al grupo desde hace unos días, me sale al paso.

—¿A dónde vas? —inquiere.

—A tomar el aire, solo eso.

—Ven, fúmate un cigarro conmigo —suelta indicándome la puerta abierta de su coche.

Y no sé por qué, pero lo hago, quizá es el despecho el que me guía, yo qué sé.

En cuanto entro en el coche me doy cuenta de que ha sido un error, que ahora estoy en una tela de araña y debería habérmelo pensado antes de lanzarme a ella sin red.

El chico, que se llama Daniel, me ofrece el cigarro y me lo enciende cortés.

—Quería quedarme a solas contigo porque tenía que decirte algo... Me gustas, me gustas mucho y querría saber si me darías una oportunidad.

Las frases sueltas me llegan a los oídos embotados por el dolor de la traición de Gabriel.

Observo a Daniel, es tan joven que estoy segura de que ha creído que ahora que no está Gabriel podría tener la oportunidad de ser su sustituto. Ese pensamiento me da ganas de vomitar y le digo que quiero irme.

—No, por favor, no te vayas. Había pensado que, como Gabriel ya no viene...

Niego con la cabeza y le dedico una mirada airada.

—No... Daniel, no te equivoques conmigo. No voy a tener nada contigo ni con nadie.

—Pero ¿por qué?, soy un buen chaval...

—Por eso mismo, porque solo eres un chaval, ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, soy mayor de edad.

—Yo estoy ya pisando la treintena, además, creo recordar que tenías novia, ¿no? —pregunto ya sin poder disimular la furia.

—Sí, pero no es como tú, si me dieras la oportunidad, te haría muy feliz —suelta como si tal cosa.

Niego con la cabeza y salgo del vehículo, lo oigo llamarme, pero lo ignoro. Me subo a mi coche y me marchó, ni siquiera recojo mi careta ni los guantes, me voy y punto.

Al llegar al edificio de apartamentos donde vivo, veo a la chica de la inmobiliaria colgando un cartel de «se alquila» en la baranda de la terraza del piso que ocupó Gabriel.

Me llevo las manos al rostro, de nuevo las lágrimas me visitan, creo que, de continuar así, terminarán por agotarse, ya no produciré más lágrimas, mis ojos se tornarán yermos y mi alma árida. No quiero volver a amar, no quiero.

CAPÍTULO 38

Gabriel

Introduzco la llave en la cerradura, abro la puerta y el olor a desinfectante llena mis fosas nasales con saña. La madre de Vero lo limpió todo a conciencia y ha venido cada día desde que vuelvo a vivir aquí. Le franqueo el paso a mi mujer y ella me sonríe antes de entrar. Cierro la puerta y, al encontrarme a solas con ella, me golpea con fuerza la realidad.

¿Qué narices hago aquí?, ¿por qué he elegido continuar con la mentira que ha rasgado mi ser poco a poco hasta dejarlo en carne viva?

Recibo una llamada, es Abraham. Verónica, al ver mi cambio de expresión de falsa a pesarosa, me pregunta, y yo me armo de valor para responderle:

—Nada... Nada importante, un comercial que quiere colarme un móvil —miento con pericia—, ahora acomódate y descansa, yo iré a comprar algunas cosas para la cena.

Vero me obedece y enciende la televisión.

Le doy un casto beso antes de marcharme. No siento nada, qué triste. No me veo capaz de hacerle el amor, ¿y dicen que el hombre no tiene reparos en acostarse con quien sea? ¿Que nuestro miembro está por delante de la razón?, y una mierda.

Salgo del edificio y saco el móvil del bolsillo. Respiro hondo antes de devolverle la llamada a Abraham.

—Hola, ¿me has llamado? —inquiero en un tono forzado y poco natural.

—Sí, tío, ¿dónde te metes?, Yael está llorando por los rincones —me suelta a bocajarro.

Me rompo por dentro, no quería esto, no quería hacerle daño, pero es la única manera de que me odie, de que se aleje de mí por su bien. Me debo a Verónica, soy un hombre casado, un casado que debería haber pensado bien las cosas antes de ponerse a saltar charcos.

Pero es que ya no deseo estar casado, bueno, sí lo deseo, pero con ella, con Yael.

—Ah, pues yo he vuelto con mi mujer, acabo de mudarme de nuevo a mi antiguo apartamento, el que compartía con Verónica —silencio—, he ido vaciando el piso por las mañanas, para no encontrarme con Yael.

Escucho a Abraham gruñir, mas no dice nada y cuelga. Un dolor punzante atraviesa mi vientre, cruzo la acera, me doblo por la mitad y vomito en la tierra, muy cerca de una mierda de perro.

Cuando no queda nada en mi estómago, me levanto y las lágrimas afloran sin que pueda evitarlo. Soy un hombre al que no le importa llorar, ni que lo vean otros hombres hacerlo ahora mismo.

Paseo sin rumbo hasta que me encuentro en la playa del Milagro, no sé cómo he llegado hasta aquí, he perdido la noción del tiempo. Me quito las deportivas y los calcetines, camino hacia la inmensidad del Mediterráneo, que me espera con los brazos abiertos, no me importa que esos brazos sean en realidad fauces, prefiero congelarme a sentir este dolor que lacera mi cuerpo. Sé que mis palabras le causarán un daño enorme a Yael, a mi diosa, y yo soy capaz de sentir ese dolor ahora mismo. Me lo merezco por imbécil, por cobarde.

Siento un impulso irrefrenable, necesito ir a donde está ella, verla, hablar y decirle la verdad, que me muero cada segundo un poquito si no la tengo a mi lado, así que salgo del agua, me calzo de nuevo y vuelvo a mi piso, mas no subo, me voy derecho al *parking* y me meto en el coche todavía empapado.

Me dirijo a la escuela sin perder tiempo y aparco un poquito lejos, tengo miedo, un miedo atroz. Me armo de valor para salir de mi coche y detengo el motor. Es entonces cuando veo salir a Yael de la nave y un segundo después entrar en el coche de un chaval que hace poco que viene a la escuela y que siempre la mira con ojos de salido.

El corazón se me rompe a pedazos cuando soy consciente de que solo he sido uno más.

CAPÍTULO 39

Yael

Laman a la puerta y abro a desgana, Yaiza acaba de marcharse y estoy sola. Es viernes y mi hermana ha comprendido que no me apetece salir. Algo extraño que no alcanzo a entender, pero lo ha hecho.

Abro pensando que es la susodicha que se ha olvidado algo y me doy de bruces con un Gabriel de ropa sucia y olor a demasiado alcohol.

—Así que solo he sido eso para ti, uno más —afirma arrastrando las palabras.

—¿Quién te crees que eres para pedirme ningún tipo de explicación? —pregunto furiosa.

—¿Ahora te van los niños de guardería?, ¿es eso?

Caigo en la cuenta de por qué me lo dice.

—¿Acaso me espías? —inquiero desafiante, me ha hecho mucho daño, ahora que sufra él.

—Pensé que era especial en tu vida, que me amabas igual que yo te amaba a ti —dice con los ojos encendidos de rabia.

—¿En serio eres capaz de decir que me amas?, ¿tú? De la noche a la mañana te esfumaste de mi vida y ni siquiera me diste una triste explicación, así que métete tus reproches en el culo, no tienes ningún derecho sobre mí, ni sobre mi vida.

—¿Así que es verdad?, ¿ahora estás con ese mequetrefe?

—¿Y qué si lo estuviera? —suelto con altanería.

Gabriel se lleva ambas manos al rostro.

—Qué imbécil he sido... Al final tendrá razón mi amigo, que solo eres una puta que se ha acostado con media escuela.

Gabriel abre mucho los ojos después de decir eso y a mí me entran unas ganas enormes de darle una buena hostia, pero en lugar de eso, le digo que salga ahora mismo de mi casa, que no quiero volver a verlo nunca más.

Él se justifica, me dice que lo siente, que su vida se truncó y no le quedó más remedio que alejarse de mí, que se arrepiente a cada bocanada de aire de haberme hecho esa guarrada.

Pero yo no quiero escucharlo, me ha insultado y nunca, jamás, toleraré que nadie vuelva a hacerlo.

Lo empujo con todas mis fuerzas fuera de mi apartamento mientras él solloza. Ahora mismo no lo quiero tener cerca, quiero que se vaya, que se aleje de mí, porque la ira me conduce y es capaz de amarrar mi amor para que haga lo correcto, no sucumbir a los ruegos de alguien que justo antes de pedirte perdón te ha insultado de la forma más vil.

Consigo que se marche y cierro la puerta. Me derrumbo en el suelo, los recuerdos llegan a mi mente.

Germán persiguiéndome por la calle y llamándome puta por querer ir a tomar algo para celebrar el cumpleaños de una amiga. Metiéndose en el maletero de mi antiguo coche y negándose a salir para que no me vaya. Haciendo que pasen las horas hasta que se hace de noche y ya no puedo irme...

No, no voy a volver a aguantar a un desgraciado que me insulte y manipule. Germán es el ejemplo de que el amor puede convertirse en miedo, indiferencia, odio, rabia y toda clase de sentimientos negativos, y eso es Germán para mí ahora, un cúmulo de sentimientos negativos que se ha puesto un par de pendientes gigantes que le hacen parecer la Vaca que ríe^[3].

Destierro su recuerdo de mi mente, por suerte para mí, no tengo ningún hijo con él, de lo contrario, estoy segura de que se hubiera vuelto mi peor pesadilla, porque al no poder controlarme a mí, lo hubiera intentado hacer por medio de mi hijo.

Gabriel hoy ha hecho que mis antiguos fantasmas me visiten.

CAPÍTULO 40

Gabriel

En la calle, la brisa me golpea el rostro. Yaiza, la hermana de Yael, me llama desde un viejo Seat Ibiza que ha conocido tiempos mejores.

—Tú, sube al coche —suelta frotándose las manos, ahora mismo me siento como un corderito que va al matadero.

—Tengo el mío aquí mismo —digo, pero ella niega con la cabeza.

—Lo que me sorprende es que hayas llegado hasta aquí sin matarte, o sin matar a alguien, menudo pedal llevas... Sube al coche, he de hablar contigo.

Le hago caso a la hermanísima de mi diosa y esta tuerce el gesto cuando ve que mi ropa está empapada.

—Lo siento, yo no quería... La vi con un niño en su coche, joder.

—Lo sé, he escuchado vuestra discusión, te vi entrar en el portal y yo fui detrás, hubo suerte, eso de que la cerradura esté rota da mucha vidilla. Al grano, te he escuchado llamarle puta a mi hermana... A mi hermana.

—Es que me sentí como uno más —balbuceo.

—¿Y cómo crees que se sintió ella cuando desapareciste sin dejar rastro?, ni una triste llamada recibió. ¿Te parece bonito?

—Lo sé, soy un desgraciado, pero créeme. Yaiza era, ¿no? —pregunto con la mente embotada por el alcohol.

Ella asiente con la cabeza.

—Ah, ¿que te vas a justificar?, no me lo puedo creer. A ver, dime, cómo un hombre que enamora a una mujer, que le dice que se ha separado de su esposa y la quiere a ella, de la noche a la mañana vuelve con su ex y la abandona sin dar ningún tipo de explicación. Venga, dímelo, ¿hay algo tan fuerte que pueda justificar semejante guarrada?, porque yo diría que no lo hay.

Me echo a llorar como un niño.

—Sí lo hay, sí lo hay, Yaiza, y créeme cuando te digo que me siento como un verdadero gusano por lo que hice, pero la culpa... La culpa no me dejó hacer las cosas de otra manera.

—¿Culpa por qué? —interroga ella con el ceño fruncido.

—Porque Verónica se cortó las venas, joder, intentó matarse por verme con ella, con Yael —suelto entre sollozos, y Yaiza se lleva una mano a la boca, sorprendida.

Un rato después, ambos caminamos sin rumbo, el alcohol que recorría mi organismo ya parece haberse disipado. Le he contado mi historia a la hermana de mi amada y ella me ha escuchado paciente.

—Así que ya lo sabes, eso fue lo que me llevó a hacer lo que hice. No lo justifico, eso sí. He cometido un error imperdonable.

—Tendrías que haber hablado con Yael, haberle dicho la verdad, quizá así las cosas hubieran ido de otra manera.

—Estaba muy asustado, no podía pensar con claridad. Luego todo fue rodado e hice lo que se suponía que debía hacer, regresar con mi mujer y seguir adelante con nuestra vida en común. Pero a mí esa vida se me antoja una prisión, y ahora no sé cómo arreglar este desaguizado. Encima he insultado a Yael de la peor forma.

—Va a ser difícil que te perdone por ello, eso ya te lo digo de antemano. Yael ha sufrido muchos años de violencia psicológica, ese Germán es un mal bicho.

»Yo me di cuenta desde un principio, la avisé. Mis padres también lo hicieron, pero ella se encabezó y no paró hasta irse a vivir con él. Fue ahí cuando comenzó su descenso a los infiernos. No soy nadie para hablarte de una vida ajena, pero solo lo hago para que comprendas lo que significa un insulto para mi hermana.

»Ella sabe lo que es ser un animal enjaulado, por esa parte sí puede que te comprenda. Pero has de hablar con ella sin alcohol recorriéndote las venas.

—Lo sé, perdí el juicio... Y he de decir en mi defensa que no cogí el coche ebrio. Que me emborraché en un bar que hay aquí cerca. No hubiera podido conducir tal y como iba.

—Ah, eso me consuela un poquito. Al menos no eres un descerebrado al cien por cien.

La observo contrariado, me cae bien esta chica, no tiene pelos en la lengua.

—¿Y el tío ese con el que estaba en el coche?, ¿qué significa para Yael? —inquiero con los ojos entrecerrados.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella, por mi parte, no diré nada, mis labios están sellados. A ver, también te diré que no tienes por qué preocuparte... —sonríe y traza una cremallera imaginaria con los dedos índice y pulgar en sus labios, tan parecidos a los de su hermana, y a la vez tan diferentes.

Alzo mis hombros en señal de rendición, suelto un suspiro, vestigio de la llantina que he protagonizado delante de la hermana de la mujer que amo, qué vergüenza...

—Yaiza, ¿cómo puedo recuperar a Yael?

—Para empezar, vete a casa y arregla el tema con tu mujer, luego ven a verme, mi hermana se merece que alguien haga por ella un gran gesto.

—¿A qué te refieres? —inquiero divertido.

—Yael es una peliculera, ¿no me digas que no sabes que tiene una colección de cintas de vídeo indispensables y favoritas? —pregunta con expresión pícara.

Recuerdo lo que me dice, está en una estantería, en el salón. Tiene cintas con fundas tuneadas por ella, con los títulos tal y como aparecen en la carátula original. El que más me llamó la atención fue el de la película *Grease*. En el lomo de la funda se podía ver el coche rojo del logo, con las letras grasientas en su interior. Y esos títulos: *Dirty Dancing*, *Pretty Woman*, *Oficial y caballero*, *Flash Dance*, *Footloose*, *Ghost*, me hicieron gracia en su día. Yael se ve tan dura, tan poco dada a mostrar sentimientos, y luego tiene como películas predilectas todas las románticas habidas y por haber... Así de controvertida es mi diosa.

—¿Y qué propones? —pregunto con interés/miedo, qué digo miedo, pavor, terror, horror...

—¿Has visto todas esas películas? —pregunta ella henchida de malicia.

—No, es que soy más bien de películas de testosterona, como las llama tu hermana, ya sabes, pelis de acción.

Yaiza pone los ojos en blanco.

—A Yael y a mí nos aburren esas películas...

Sonrío, no sé qué les ven de malo, si son la mar de entretenidas, además, salen mujeres, es lo que siempre le decía a Yael cuando ponía una de las mías para pasar la tarde juntos en el sofá. Mi madre solía valorar si la película era buena o no por el hecho de si salían o no mujeres; si las había, era un peliculón, si no, un soberano rollazo.

—En fin, tendré que darme una vueltecita por internet a ver qué pillo por ahí.

—¿Qué dices?, ¿pirateo?, ni en broma, tú me sigues a casa y yo te dejo las películas. Tengo las mismas que mi hermana —suelta con orgullo.

Así que sigo a Yaiza con mi coche, no sé cómo voy a hacer para ver esas películas y que Vero no me descubra. Dios... No, he de ser sincero conmigo mismo y con ella.

CAPÍTULO 41

Héctor

Acudo a la llamada de Vero, su mensaje ha sido claro, necesita mi ayuda para un asunto importante y aquí estoy, delante de la puerta, a punto de presionar el timbre.

Ver la sonrisa de la mujer que amo es más que suficiente para recargar mi ser. Quizá nadie pueda comprender mi proceder, confieso que ni yo mismo lo hago.

Le doy al timbre con mi forma nerviosa de hacerlo, totalmente reconocible, es como si tuviera un código para hacerme notar al llegar a un lugar.

Verónica me abre en albornoz, con el cabello mojado y el rostro perlado por gotitas de agua, está tan preciosa que no puedo evitar imaginar que la desnudo aquí mismo y le hago el amor. Luego tendré que llamar a alguna de mis amigas para desahogarme. Quizá en esta ocasión pueda llegar a culminar el acto. Es algo extraño, cuando intento follarme a una mujer, todo va bien hasta que soy consciente de que no es ella, es entonces cuando se produce ese fenómeno llamado gatillazo, y así una y otra vez. Por ello, en los últimos tiempos me he dedicado a dejarme querer sin llegar a la penetración con otras féminas ¿Extraño?, ¿raro?, si pensáis así, tenéis razón, si pudierais darme una receta para curar mi desamor os lo agradecería, hasta ahora no ha habido analgésico, jarabe o inyección que pudiera arrancármela de la cabeza.

En fin, Vero me invita a pasar al hermoso piso que ha compartido durante años con mi mejor amigo/hermano, porque sí, Gabriel es mi hermano, aunque por nuestro cuerpo no corra la misma sangre.

Ella me da dos besos que no deja en el aire, mis mejillas los sienten como suyos y se enrojecen involuntariamente.

—Siéntate, necesito que hagas algo por mí —suelta sin calentamiento previo.

—Tú dirás...

Vero sonrío y me pillas por sorpresa dándome un beso en los labios.

Mi corazón se dispara y no sé qué decir, ni qué hacer. Si seguirle el rollo y meterle la lengua hasta el gaznate, o decirle que se detenga, que valoro por encima de todo la amistad de Gabriel, y no quiero reírme de él a sus espaldas.

Voy a optar por la segunda opción, por mucho que mi entrepierna pida fiesta pagana, cuando ella extingue el beso y comienza a hablar:

—Supongo que te habrá sorprendido mi beso, que habrás pensado que no puedes hacerle semejante guarrada a Gabriel, pero te adelanto que lo que voy a pedirte requiere un gran esfuerzo por tu parte.

—Vero, no sé qué locura se te haya ocurrido, pero, por favor, no vuelvas a besarme —digo con la voz entrecortada.

Ella frunce el ceño y sonríe divertida.

—Joder, tu fama de conquistador te precede, siempre que hemos salido juntos te he visto comerte la boca con alguna mujer, ¿qué hay de malo en que ayudes a una buena amiga que necesita que hagas lo que les has hecho a otras millones de veces?

Sus palabras me golpean con saña, no tiene ni idea de lo que siento por ella y eso me llena de frustración. ¿Es que jamás se ha dado cuenta de que verla ilumina mis días?, parece ser que no. En este momento la odio... Pero la odio de tanto que la quiero, así que solo se me ocurre hacer el papel de siempre.

—Claro, claro, yo te como la boca si es para bien. Ya sabes, amigos para siempre. ¿Qué es lo que pretendes?, ¿poner celoso a Gabriel?, te aviso que esta boca puede acabar muy malparada si me ve besándote —digo transformándome en el golfo que todos creen que soy.

—No es eso lo que quiero, Héctor. Mierda, viene Gabriel, venga, date prisa, bésame, no te lo pienses.

Y la beso mientras ella, ni corta ni perezosa, se abre el albornoz y deja al aire sus hermosos y turgentes pechos, ¡Dios mío!, ¿pero es que esta mujer quiere matarme...?

CAPÍTULO 42

Gabriel

Entro en el piso, porque ya no la sé llamar mi casa, con una pila de cintas de vídeo. Yaiza no ha sido tan meticulosa como Yael y las tiene en las fundas originales de las cintas vírgenes, con el nombre escrito en la típica etiqueta que venía en una hojita llena de pegatinas para ponérselas a tus grabaciones. En letra caótica, el título de cada una de las películas.

Cuando entro al salón, me llevo la sorpresa de mi vida al ver a mi amigo comerse la boca con Vero. Las cintas están a punto de caérseme de las manos, pero en el último segundo se quedan en su sitio.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —inquiero más sorprendido que enfadado.

Ambos se despegan con rapidez y veo a Vero guardar sus senos bajo el albornoz de modo muy teatral. Mi amigo, por el contrario, me dedica una mirada de culpa imposible de obviar. Confieso que en mi interior un pequeño Gabriel vestido de diablo da saltos de alegría, mientras el angelito que hay en mí se encuentra descolocado.

—Lo siento, hermano, no-no... no sé qué decirte.

—Yo te lo diré —interviene Vero con decisión—, Héctor y yo nos estamos viendo desde hace un tiempo, querría habértelo dicho antes, pero las cosas se han dado así.

Conozco lo suficiente a mi esposa por documentos para saber que es la peor actriz del mundo y que por dentro se muere de dolor. A mí no me engaña...

—A ver, vosotros dos, explicadme qué demonios os proponéis con este numerito ahora mismo —suelto mientras dejo las películas sobre la mesa de centro.

Veo a Héctor ponerse nervioso y a Vero soltar el aire de golpe antes de levantarse y acercarse a mí.

—Está bien, Gabriel, nos has pillado. Verás, no me ha dado tiempo de explicárselo bien al pobre Héctor, lo he metido en un soberano lío. Todo esto es un montaje y yo soy la única culpable, nuestro amigo es solo una víctima de mis maquinaciones.

—No des rodeos, Vero, y explícate de una vez... —gruño.

Ella me abraza.

—Gabriel, sabes que te amo con todo mi corazón, que ese amor me hizo cometer una locura como es intentar quitarme la vida. Volviste a mi lado por ello, de hecho, y ese es el problema.

»Veo cómo te mueres un poquito más cada día. Cómo te quedas inmerso en tus recuerdos, cómo me das un beso frío cuando sales de casa, porque tus besos calientes se los quedó otra chica, a la que amas de verdad.

»Hoy quería probarte, ver cómo reaccionabas al engaño más vil, y solo he visto en tu rostro alivio, un alivio enorme. Te conozco lo suficiente como para saber que es cierto lo que digo.

»He utilizado a Héctor para comprobar lo que me hacía falta, ahora ya lo sé y creo que el amor se trata también de dejar libre al ser amado, si es que ansía volar a otro lugar, a otros brazos. No quiero que vivas a mi lado porque se supone que es lo que tienes que hacer, quiero que lo hagas porque en verdad me correspondes, me amas y quieres pasar el resto de tu vida conmigo.

La miro embelesado, y veo en ella a la gran mujer que es, a la gran amiga. Porque eso ha significado para mí durante todo este tiempo, una amiga a la que podía confiarle cualquier secreto, menos uno, y ese uno era tan grande que mi culpa hizo crecer setos a su alrededor.

—Muchas gracias por todo, Vero... —digo abrazándola con fuerza, en este momento me siento liviano, feliz, muy feliz.

—No tienes que dárme las. Ahora ve y busca a esa chica, me ha dicho un pajarito que vas a tener que hacer un gran esfuerzo para conseguir que te perdone...

Asiento con la cabeza y miro a Héctor, él no está tan feliz, por instinto, se ha llevado los dedos a los labios y los ha acariciado al menos un par de veces. Soy consciente de que el teatrillo de Verónica lo ha dañado sobremanera.

Me aproximo a él y le palmeo la nuca, está sentado en el sofá. Sube la cabeza y me dedica una mirada que intenta ser reconfortante, que me dice que todo está bien y no pasa nada.

—¿Se puede saber por qué has traído todas esas películas ñoñas? —inquire divertido.

Enarco las cejas y me encojo de hombros.

—No hay nada que uno no haga por el puñetero amor.

Héctor se levanta y los tres nos abrazamos entre risas un poco amargas, todo hay que decirlo.

Un rato después, en la soledad de la habitación que un día amueblamos pensando en que pudiera venir un futuro hijo a nuestras vidas Vero y yo, y que ya fue mi refugio cuando le pedí un tiempo, me doy el maratón de mi vida y veo una a una las películas que le gustan a Yael. Cuando solo me queda una, leo en el lomo de la cinta: *Piratas del caribe* y una sonrisa se vuelve esbozo en mi boca, ahora ya sé lo que tengo que hacer. Son las tres de la madrugada que da paso al domingo, pero estoy tan borracho de amor que marco el número de Yaiza.

CAPÍTULO 43

Yael

Lunes por la mañana y me dirijo a la escuela, como cada día. Canturreo un tema de Offspring mientras conduzco un poco más rápido de lo normal, en su día fue una de mis canciones favoritas: *Self Esteem*, autoestima, eso es lo que necesito yo desde hace unas semanas.

En la escuela ya no me siento bien, que Gabriel no volviera ha dado paso a toda clase de suspicacias y a oportunistas, como el tal Daniel, que han pensado en todo momento que ahora necesito macho que cubra mis partes cuando tenga frío.

Incluso uno me ha mandado mensajes privados en el Facebook, quería quedar conmigo, yo le he dicho que no, ¿es que algunos hombres son gilipollas o qué?, que una mujer esté sola no significa que busque sustituto, en fin. Entre eso y los cuchicheos que oigo, o imagino, qué sé yo, a mis espaldas, esto se ha vuelto hostil para mí.

Abraham y los demás me dicen que no, que soy yo, que tengo la autoestima por los suelos e imagino un mundo lleno de hombres que se ríen de mí por haberme enamorado de un tío y que este me haya dado plantón.

Incluso Tito me ha escrito un *email* la mar de entrañable, me ha producido ternura y todo. No puedo corresponder a sus sentimientos. No me pide nada, solo me anima a que sea fuerte, que esto para mí es solo un bache y mis piernas lo saltarán sin problema. Es un caso diferente a los otros que han aprovechado la ocasión para intentar acercarse a mí, lo suyo es tan genuino y sincero que no he podido más que sentirme halagada por sus palabras.

Ya en la nave, no me paro a mirar qué le está diciendo Zacarías a unos chicos nuevos. Sonríe y hago la cuenta atrás, mi profesor saca los gorros de animalitos de la caja que tiene a sus pies antes de que llegue al uno.

Entro en la cabina y me preparo para comenzar el día.

Diez minutos más tarde termino un cordón de esos que no tienes ni que limpiar, porque la cascarilla se levanta ella solita en un ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados.

Suspiro...

—Dios mío, no siento las piernas —oigo y me doy la vuelta de golpe.

Ante mí, vestido de lo que se asemeja a un intento burdo de parecerse a Jack Sparrow, tengo a Gabriel.

Lo miro atónita, me ha dejado sin palabras.

—Después de darme el gran maratón de películas románticas querría haber dicho algo así como: «No voy a permitir que nadie te arrincone, *baby*», como Patrick Swayze en *Dirty Dancing*. Era así, ¿no?, pero soy un cafre y me saldrían las palabras atropelladas y forzadas.

»Yo no valgo para decir frases épicas que perduren en la memoria de las chicas. Pero sí puedo darte todo mi amor sin reservas cada uno de los días que me queden de vida, si tú quieres, claro.

Voy a decir algo, pero él posa el dedo índice en mis labios.

—No digas nada, déjame acabar. Te he hecho daño, demasiado. No voy a justificarme, pero sí que me gustaría contarte qué pasó para que tuviera que alejarme de ti, muy a mi pesar.

»Así que he venido a llevarte conmigo...

—¿A llevarme a dónde? —inquiero señalándolo con la pinza portaelectrodos.

—Fuera de aquí, a donde puedas escucharme...

—Habla aquí, no pienso moverme de esta cabina —gruño y me doy la vuelta para continuar con mi faena.

—Lo siento, Yael, lo siento. Jamás debí insultarte, yo no soy así y me siento un verdadero imbécil por ello. Pero te juro que no volverá a ocurrir, de verdad.

—No jures en vano. Además, ¿qué haces vestido de mamarracho? —inquiero con saña.

—Por favor, Yael, mírame. Escucha lo que he venido a decirte, no quiero marcharme de aquí con la sensación de haber hecho el ridículo de mi vida y que no haya servido para nada.

—Ridículo... Ridícula es como me he sentido yo. ¿Sabes lo que he tenido que pasar por tu plantón?, aquí hay tíos que se han pensado que todo el monte es orégano. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Gabriel abre mucho los ojos.

—Joder... Lo siento. Por favor, ¿qué he de hacer para que me creas?

—Nada, irte y seguir con tu vida... —digo girándome de nuevo.

CAPÍTULO 44

Gabriel

Me niego a marcharme de aquí sin ella. Ahora mismo me siento un arrastrado, pero tanto me da. El orgullo no me devolverá a Yael y si ella no quiere oírme, tendré que hacer algo para que lo haga.

—Yael... ¡Yael! —exclamo, porque ella me ha dado la espalda de nuevo.

Se da la vuelta y me fulmina con la mirada.

—¿Qué quieres, joder?!

—¿Que qué quiero?, yo te voy a decir lo que quiero. Quiero enseñarte a bailar como Patrick Swayze lo hizo con Jennifer Grey en *Dirty Dancing*. Quiero perseguirte en forma de espíritu si la palmo como hizo Patrick con Demi Moore en *Ghost*. Quiero darte un cuento de hadas como Richard Gere con Julia Roberts en *Pretty Woman*. Quiero conseguir un baile para ti como Kevin Bacon en *Footloose*. Y salir de aquí contigo en brazos como Richard, otra vez, por cierto, tienes una fijación con él y Patrick, como en *Oficial y Caballero*. Eso es lo que quiero...

CAPÍTULO 45

Yael

Madre mía... menuda declaración de intenciones. ¿qué hago?, ¿qué haríais ante una situación así?

Bien, me quito mi serpiente/cable del cuello, pongo los brazos en jarras y contesto:

—¿Y a qué esperas?

Y veo los ojos acuosos de Gabriel estallar de alegría, llenarse de pequeñas chispas de amor, chispas que necesitarán de una buena explicación, claro está, pero que me llenan el corazón en este momento.

Me toma en sus brazos y me aferro a su pecho. Me besa..., me besa de nuevo y salimos de la cabina atravesando la cortina ignífuga mientras no podemos separar nuestros labios. De fondo se escucha *Up where we belong*, de Joe Cocker y Jennifer Warnes. Abraham nos mira divertido desde el radiocasete que hay sobre una mesa de hierro. Qué capullo, estaba compinchado con Gabriel.

Todos aplauden, menos dos o tres que ruedan los ojos, amargados... Paso por delante de Zacarías y asiente con la cabeza antes de decir:

—Mañana os quiero aquí a los dos a las ocho en punto de la mañana, ¿oído?

Ambos asentimos entre risas y salimos de la nave. Me quito la careta de soldar y me pongo el sombrero de pirata del chino en la cabeza.

Gabriel me mira con cara de circunstancias.

—Ya que estamos emulando una peli mítica, hagámoslo bien —sentencio.

EPÍLOGO

Yael

Seis meses después...

—**Y**ael Martínez —escucho y entro literalmente en estado de shock. Hoy es el gran día del examen para homologarnos como soldados.

Estamos en la escuela y ha venido un inspector para evaluarnos. Tengo mucho miedo, soy la última en hacer la prueba y los demás me dan ánimos y me dicen que lo voy a hacer genial, pero no les creo.

Cuando alguien me mira, cuando está cerca de mí evaluándome, todo me sale mal. Ya se lo dije a Zacarías en su día, pero él siempre me advirtió de que el día que me hicieran la prueba de homologación tendría a un inspector respirándome en la nuca, así que tuve que acostumbrarme a tener a Zacarías cerca, mas no a un tipo malcarado que me mira como si le debiera la existencia.

Me preparo para hacer el cordón de mi vida, una probeta difícil, en la que he tenido que biselar previamente dos piezas, ahora tengo que unir las con una soldadura perfecta, y hay una separación de unos milímetros, todo un reto.

La he ensayado varias veces durante los últimos meses, y tan solo hace unos días que conseguí hacerla bien del todo. Así que hoy se decide mi futuro, si voy a trabajar o no como soldadora profesional homologada, suena bien, al menos para mí así es. Quizá otras mujeres no puedan entenderme, esto no es una manera de hacerle ver al resto del mundo que puedo hacer lo mismo que un hombre; no, no se trata de eso, de lo que se trata es de hacer lo que me gusta, mientras gano un sueldo digno que me permitirá tener una vida mejor de la que tengo ahora, en la que malvivo y me hago ciento y una cábalas para poder pagar el alquiler. Además, confieso que en demasiadas ocasiones he tenido que hacerme torrijas para comer a mediodía porque no tenía nada más que pan, azúcar y leche.

—Ya puede comenzar —oigo a mi espalda.

Asiento, me bajo la careta y comienzo a soldar mientras en mi interior evoco los últimos meses.

Después de nuestra salida a lo *Oficial y Caballero*, Gabriel y yo nos fuimos a mi apartamento, no hace falta que os diga lo que pasó ahí, una vez, dos, tres... Somos como dos animales y nos atraemos como si alguno de los dos tuviera un imán en sus partes, quizá estamos algo salidos, qué sé yo, pero necesitábamos fundir nuestros cuerpos antes de poner en orden

nuestras diferencias, ¿incomprensible?, lo sé, lo es y mucho.

Cuando la pasión consiguió atenuarse, que no extinguirse, Gabriel me explicó lo ocurrido con Verónica, su ya exmujer. He de decir que no daba crédito y pude llegar a entender la actitud de él, yo habría cargado con un enorme sentimiento de culpa y quizá también hubiera desaparecido.

Con respecto a su insulto, me costó más perdonárselo, y cada vez que discutimos se lo echo en cara y él me pide de nuevo disculpas. Ha de tener claro que conmigo no se juega y si pasa cierta línea, no me temblará la mano para ponerle las maletas en la puerta, tal y como hizo Vero.

Sí, al fin supe la verdad de cómo Gabriel había abandonado lo que él consideraba su hogar, y que cuando nos reencontramos, le había pedido un tiempo a su entonces mujer y todavía no era definitivo que lo dejaran para siempre.

Ese día, desnudos en la cama, ambos nos sinceramos del todo, soltamos nuestro lastre interno y decidimos empezar de nuevo.

Pasaron un par de semanas antes de que él se viniera a vivir conmigo, y eso que le dije que necesitaba un tiempo, que lo había pasado muy mal con Germán y que me aterraba la convivencia. El proceso fue sutil pero efectivo. Un día se trajo un cepillo de dientes, otro el neceser entero, el otro de más allá una camisa, el siguiente, ropa cómoda para estar en casa y unas zapatillas. Poco a poco tenía un olvidado burro que estaba en un rincón de una habitación vacía de mi piso lleno de ropa, y el lavabo invadido por sus pertenencias.

—Será posible, ¿desde cuándo vives en esta casa? —interrogué con los brazos en jarras.

—Soy tu troyano personal, pero en lugar de caballo he utilizado un burro —soltó divertido.

Rodé los ojos, en fin.

Termino mi soldadura y me quito la careta y el cable del cuello.

—Curiosa forma de soldar —me soltó el hombre.

Hay modos de ponerse el cable para soportar menos peso, pero yo sigo sin poder aguantar, soy, digamos, poquita cosa y el cable es demasiado grande para mí.

Se lo explico, quizá me esté tirando piedras encima, pero tengo por lema la sinceridad, bueno, mi incontinencia verbal también tiene mucha culpa. Así que me arrepiento de mi falta de contención oral. «Demasiado tarde, pequeña», parece decir el inspector con su expresión de ceño fruncido y sonrisa indescriptible.

Vuelvo con mis compañeros y todos aguardamos sentados en el muro de fuera un veredicto. No sé si favorable, claro está.

El tiempo pasa y ya no sabemos si fumarnos los dedos. He de plantearme de nuevo dejar de fumar, eso es lo malo de todo, he vuelto al vicio por la puerta grande, ya hace meses que me compré el paquete, línea que no debes cruzar si quieres mantenerte sin malos humos. Lo que ocurrió con Gabriel fue el golpe de gracia para que lo hiciera. No intento justificarme, solo lo digo porque fumar es un vicio muy goloso, aunque el tabaco sepa horrible en la boca, siempre pensarás que es más placentero que no hacer nada. La rebeldía, el momento cómplice con tus amigos que también fuman, de salir a hacerse el piti... Todo eso cuesta mucho erradicarlo.

En fin, que estamos esperando a que nos digan si hemos aprobado o no...

De pronto, sale Zacarías, lo acaban de llamar por teléfono, nos mira y niega con la cabeza antes de decir con firmeza:

—A ver, panda de soldados homologados, ¿seréis capaces de abandonarme? —Nos quedamos estupefactos y parece que la sangre no nos llega al cerebro—. Que estáis todos aprobados, que ya sois soldados homologados —exclama con efusividad.

Y entonces es cuando se desata la algarabía más brutal y todos nos abrazamos. Zacarías acaba en volandas. Entre todo ese tumulto de personas felices, alguien descorcha una botella de cava y nos moja a Gabriel y a mí.

Nos miramos, nos abrazamos y nos damos un largo beso.

—¿Y ahora qué? —inquire Gabriel—, ¿piensas buscar trabajo de soldadora?

Me encojo de hombros porque todavía no lo he pensado, imagino que sí, que me patearé las empresas con una pila de currículums en la mano. Quizá tenga que vérmelas con muchos individuos como ese profesor que me dijo que mi soldadura era una mierda; mas estoy preparada para contestar cuando alguien se atreva a rebajarme, no me han dado la homologación por mi cara bonita, lo han hecho por mi esfuerzo y dedicación, por dejarme la piel en algo que quería conseguir y he logrado por fin.

—Sí, eso haré.

—¿Antes o después de la boda?

—¿Qué boda? —pregunto extrañada.

Él sonríe pícaro y se arrodilla frente a mí delante de todos, que nos miran sorprendidos, menos Abraham, Tito y Sergio, que, como siempre, se han compinchado con Gabriel, viene siendo habitual en los últimos tiempos que así sea.

Gabriel hinca la rodilla en el suelo y yo no puedo evitar ponerme a temblar de arriba abajo.

—Yael, mi diosa, ¿te vas a casar con este pirata de agua dulce? —pregunta mostrándome un cofre con una preciosa pulsera trenzada hecha con varilla de tungsteno^[4].

Me la pone en la muñeca y la miro embelesada, me encantan esas pulseras y siempre quise tener una. Supongo que alguno de mis traicioneros amigos se lo dijo, porque de mi boca no ha salido, lo juro.

—¡Dios, claro que sí, claro que me casaré contigo! —Y todo se vuelve alegría a nuestro alrededor.

Parece mentira que el tiempo haya puesto en el lugar exacto a dos personas que ya se habían visto una vez, quizá en aquel primer encuentro no debía producirse nuestro acercamiento, y la vida, sabia, hizo su magia cuando realmente tocaba que así fuera.

Lo único que sé es que Gabriel y yo pertenecemos a un mismo mundo, que nuestros caminos se han unido para no volver a separarse jamás, como el trenzado eterno de la pulsera que llevo en mi muñeca.

De nuevo nos fundimos en un hermoso beso de esos que te quitan un trocito de alma y se la quedan.

En fin, no sé qué más contaros, hasta aquí la historia de cómo encontré al amor de mi vida, una historia que un día contaré a mis hijos, y les diré que el mejor beso que me dieron en la vida fue en una cabina de soldadura.

Lisbeth Cavey, Altea, 13 de agosto de 2024, 8:35h.

Nota de la autora:

Gracias por leer *Tú, yo y un montón de chispas*, os aseguro que ha sido una experiencia increíble escribir este libro. He de confesar que lo hice para volver a la actualidad, ya que desde hace unos años me dedico a escribir novelas de romance histórico, o de época, como dirían algunas personas. Si bien no llegué al año actual, me quedé en 2009, un año clave, en el que la palabra «crisis» estaba por todas partes. Durante la crisis, mucha gente se quedó en el paro y algunos aprovecharon para formarse con el fin de ampliar conocimientos, o bien para tener algo que hacer al levantarse por las mañanas. Estar acostumbrado a ir a trabajar y de pronto ver que no tienes nada que hacer es duro.

Decidí ambientar una historia de amor en una escuela de soldadura, porque yo misma hice bastantes cursos de soldadura de electrodo y TIG hace ya muchos años. Creo que tengo diplomas para dar y vender, pero no estoy homologada, yo iba a soldar los sábados, porque me gustaba hacerlo.

Me he inspirado totalmente en el ambiente que había en las naves de las dos escuelas en las que estuve soldando, y Zacarías y Morales son una mezcla de los profesores que yo tuve, que fueron unos cuantos.

También tuve un grupo de amigos entrañable, al igual que Yael, y no, esta novela no es autobiográfica, es solo mi imaginación haciendo de las suyas y montando un romance de película rodeado de un tema y un ambiente que conozco bastante bien. Ha sido mi forma de hacer vacaciones del trabajo que implica escribir novelas ambientadas en otros siglos, en las que has de cuidar el lenguaje y la documentación, exigen más de lo que se podría llegar a pensar y son más lentas de escribir.

Aunque no es autobiográfica, como acabo de escribir en el párrafo de arriba, hay ciertas vivencias que se dieron de realidad, como la del profesor que se pasó tres pueblos diciéndome que mi soldadura estaba sucia y era una porquería, prácticamente. La legión de pasamanos cayéndose uno tras otro cual fichas de dominó, *mea culpa*; el cuello de un compañero a punto de ser rebanado por un disco de radial, también *mea culpa*; y la posterior camisa ardiendo, que después de tantos años, no recuerdo si fue ese día u otro. Bueno, en todo el tiempo que estuve siguiendo la gota, viví toda clase de experiencias, qué narices..., lo único que puedo decir es que recuerdo esos años con especial cariño, también a las personas que conocí en las escuelas.

El proceso de homologación de soldadura se lo he dejado a mi entera imaginación, el tiempo que se tarda en conseguirlo es una apreciación personal. He visto cursos de soldador profesional homologado de muy pocas horas y aseguro que a menos que no lleves años ya soldando, es poco probable que eso sea así. Porque el electrodo se pega, y se pega, y se vuelve a pegar... No es fácil, es un arte y, como tal, no todo el mundo está hecho para ello.

Las películas favoritas de Yael son las mías también. Conservo varias de ellas grabadas de la tele hace muchos, pero muchos años, cuando no teníamos plataformas donde verlas sin problema. Es curioso, porque empecé en esto escribiendo *thriller* con subtrama romántica y la subtrama se ha convertido en trama y ahora mis libros tienen toques de misterio, pero es como si

yo hubiera cambiado, como si me gustara escribir ahora sobre temas agradables y no sobre muertes ni investigaciones policiales.

En el tiempo que he tardado en escribir esta novela corta, he retrocedido muchos años atrás y me he apasionado con la historia de Yael y Gabriel, que los he sentido muy vivos y me han cautivado especialmente, ellos se unen a la lista de personajes que dejan huella en mí. Son más de diez años escribiendo historias y muchos libros, la lista cada vez es más grande, aunque hay corazón para todos.

Terminé la novela mi segundo día de vacaciones en Altea, Alicante, por ello la ensoñación de la playa de cantos rodados de Gabriel, es un pequeño homenaje al lugar donde puse la palabra fin; bueno, yo no suelo ponerla, lo que pongo es una fecha y un lugar, como sabréis los que ya me habéis leído otras veces.

En fin, creo que no tengo nada más que añadir, así que solo espero que hayáis disfrutado esta nueva historia y que os deje con ganas de pedirme más libros.

Agradecería que os tomarais un momento para valorar mi novela y hacer una reseña de esta, aunque sea muy pequeña. A los autores nos gusta saber qué os han parecido nuestros libros, porque en ellos dejamos siempre un trocito de nuestra alma. A estas alturas, con tanto libro, creo que puedo darme por desalmada, ja, ja, ja.

Un abrazo virtual.

Lisbeth Cavey

Escanea el siguiente código si quieres ver mis demás libros, seguirme en Amazon o en las redes sociales:



[1] Forma coloquial de hablar con respecto a las soldaduras hechas con semiautomática, sin tener en cuenta poros y demás. Soldaduras de batalla.

[2] Argot, cuando se hace una soldadura con electrodo, tu punto de referencia es la gota incandescente que ves por el vidrio de la careta de soldar.

[3] Marca de un queso procesado. Me refiero a la ilustración de la vaca que sale en las cajitas de esos quesitos.

[4] Wolframio.